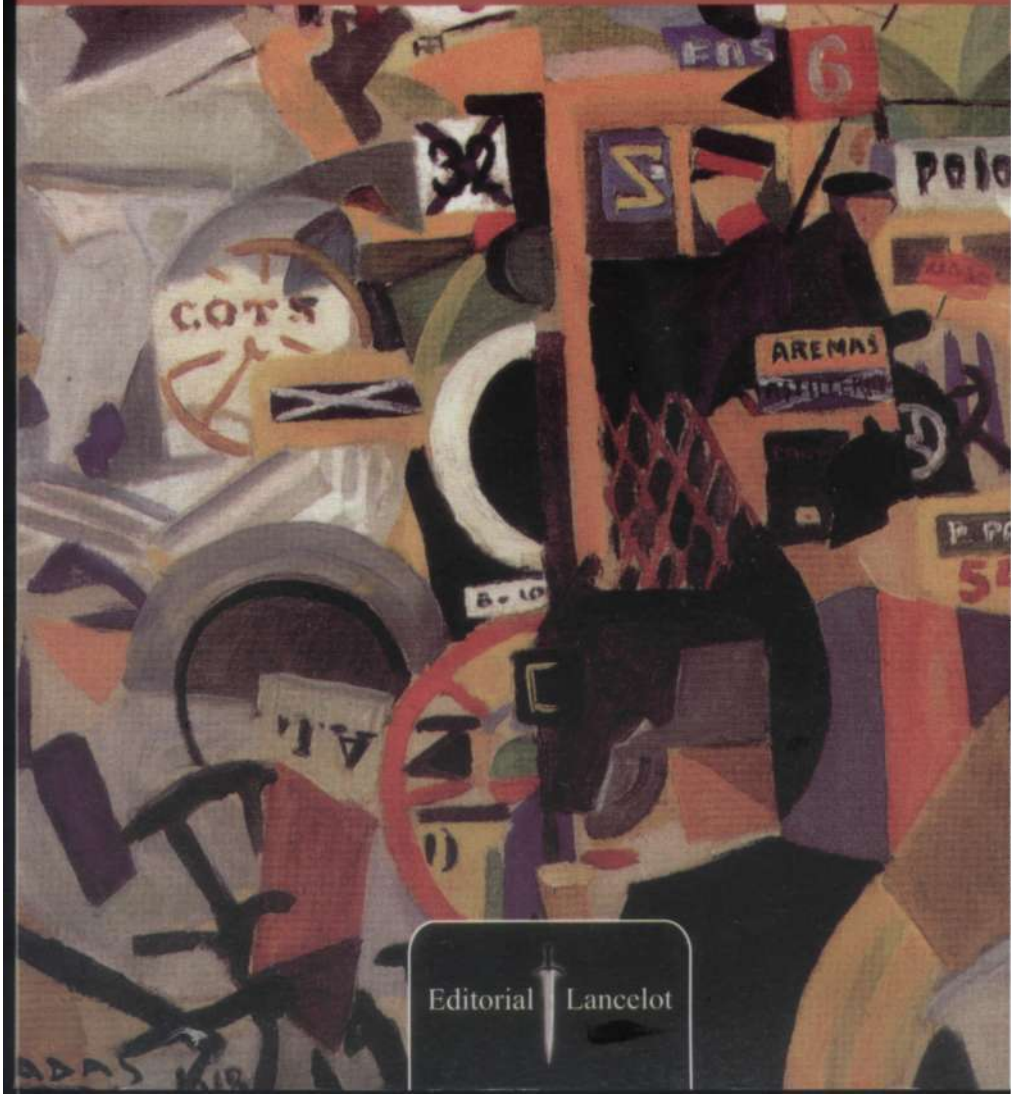
LA MANGA

RAÚL SCALABRINI ORTIZ



Editorial Lancelot

LA MANGA

RAÚL SCALABRINI ORTIZ

Editorial Lancelot

Scalabrini Ortiz, Raúl
La manga. -1 a ed. - Buenos Aires : Lancelot, 2009.
128 p. ; 19x14 cm.

ISBN 978-987-1615-03-2

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Título
CDD A863

Diseño de rapa y diagramación interior
Marcelo Garbarino

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

Impreso en Argentina
© Editorial Lancelot 2009

LOS HUMILDES

Asomado a mi ventana, veo cotidianamente el desfile monótono de una muchedumbre que va por la mañana y vuelve por la tarde.

Cuando el viento viene del Sur y el claro cielo destaca su azul sobre los grandes cúmulos blancos, el humo de la chimenea próxima se alza glorioso hacia el zenit y corre hacia el Norte. La muchedumbre displicente, va por la mañana y vuelve por la tarde.

Si el viento llega del Norte, la atmósfera, pesada y turbia, ensucia el horizonte y la columna de humo huye al Sur, penosamente, sobre los tejados. La muchedumbre va por la mañana y vuelve por la tarde.

En el invierno las lluvias arrecian, las ventanas se cierran, las flores desaparecen de los balcones y los árboles deshojados jalonan tristemente las calles. Bajo la inclemencia del tiempo, tiritando, la muchedumbre va por la mañana y vuelve por la tarde.

El sol vuelca en el verano su cálido aliento y llena de reverberaciones las calles. Las sombras violentas de los edificios varían las perspectivas. Sudorosa, la muchedumbre va por la mañana y vuelve por la tarde.

Scalabrini Ortiz, Raúl
La manga. -1 a ed. - Buenos Aires : Lancelot, 2009.
128 p. ; 19x14 cm.

ISBN 978-987-1615-03-2

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Título
CDD A863

Diseño de rapa y diagramación interior
Marcelo Garbarino

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

Impreso en Argentina
© Editorial Lancelot 2009

LOS HUMILDES

Asomado a mi ventana, veo cotidianamente el desfile monótono de una muchedumbre que va por la mañana y vuelve por la tarde.

Cuando el viento viene del Sur y el claro cielo destaca su azul sobre los grandes cúmulos blancos, el humo de la chimenea próxima se alza glorioso hacia el zenit y corre hacia el Norte. La muchedumbre displicente, va por la mañana y vuelve por la tarde.

Si el viento llega del Norte, la atmósfera, pesada y turbia, ensucia el horizonte y la columna de humo huye al Sur, penosamente, sobre los tejados. La muchedumbre va por la mañana y vuelve por la tarde.

En el invierno las lluvias arrecian, las ventanas se cierran, las flores desaparecen de los balcones y los árboles deshojados jalonan tristemente las calles. Bajo la inclemencia del tiempo, tiritando, la muchedumbre va por la mañana y vuelve por la tarde.

El sol vuelca en el verano su cálido aliento y llena de reverberaciones las calles. Las sombras violentas de los edificios varían las perspectivas. Sudorosa, la muchedumbre va por la mañana y vuelve por la tarde.

Cuando era niño y lo contemplaba todo con mis grandes ojos indiferentes, no prestaba atención a la muchedumbre que iba por la mañana y volvía por la tarde.

Al presente, pienso a menudo en esa muchedumbre triste, resignada, siempre variable y aparentemente la misma, que va por la mañana y vuelve por la tarde.

Pasarán los años. Mi recuerdo se borrará, porque hasta los pocos que pudieran conservarlo, pasarán también. Y la muchedumbre irá por la mañana y volverá por la tarde.

UNA OBRA TRASCENDENTAL

Era un hombre en absoluto extraño a su medio. Gozaba de una pequeña renta que le permitía dedicarse por entero a su pasión favorita, dividiendo su tiempo entre las bibliotecas y las librerías. Atestaba su casa con volúmenes de los más diversos tamaños, a los cuales acomodaba en los escasos rincones libres, detrás de los roperos y debajo de las camas, respondiendo, en su aparente confusión, al riguroso orden del catálogo.

No era un bibliómano, coleccionista de libros que nunca lee, sino un lector consciente, que llenaba de notas el margen de las páginas y que hasta llegó a preocuparse del número y distribución de los puntos y de las comas. No era tampoco un hombre inquieto, que buscaba afanosamente alguna oculta verdad o un consuelo espiritual; su metódica tranquilidad no se afanaba en vano. Leía con un método desesperante, rechazando cuanta lectura pudiera desordenar sus conocimientos.

—No; por ahora no puedo, le oí contestar a un amigo. Estoy dedicado al estudio de las facultades expresivas, que, según calculo, me ocupará todo el invierno y con lo cual daré por terminado el conocimiento íntimo de la psicología humana. Durante la primavera trataré de leer tu libro, antes me es imposible.

Enterados de sus largos estudios y de sus varias ideas originales, le reprochábamos que no hubiera publicado nada. El, mirándonos con el aire de un hombre que trata a toda costa de conservar un secreto, nos decía:

-La vida de un ser está en razón directa con su tiempo de incubación. Lo duradero no es nunca obra de un instante.

Y dejándonos abrumados por estas frases rotundas, se alejaba satisfecho y orgulloso.

Un día lo encontramos en la calle. Parecía nervioso, hablaba solo y gesticulaba. Le saludamos y se acercó.

-Me abruma una desgracia, nos dijo. No puedo leer.

En cuanto fijo la vista, las letras comienzan a moverse y no consigo vamás que una mancha gris borrosa.

Le aconsejamos que consultara a un oculista; pero él, sin hacernos caso, dijo reflexivo:

-Tendré que apresurarme, de lo contrario no alcanzaré a dar fin a mi obra.

—Al fin te has decidido, exclamamos. Nos miró asombrado *y* receloso.

-Qué sabéis vosotros, exclamó. Sin despedirse siguió caminando lleno de inquietud.

Pasaron los años sin que lo viéramos y lo íbamos olvidando, cuándo una tarde su mujer nos hizo llamar apresuradamente. Lo encontramos en su biblioteca; caminaba agitado, tropezando con los muebles, con todo el desesperante aspecto de un hombre próximo al suicidio. Se mesaba los cabellos y decía palabras incoherentes.

Cuando entramos se colgó de nuestros hombros, pidiendo protección.

-Me persiguen. Están confabulados.

-¿Quienes?, preguntamos.

-Ellos gritó. Quieren impedir la prosecución de mi obra, de la obra a la cual he dedicado mi vida entera.

Se sentó en una silla sollozando. Ya lo creíamos calmado, cuando de pronto, se levantó con brusca decisión. Abrió la biblioteca y comenzó a tirar los libros por la ventana. Intentamos en vano contenerle, porque con la fuerza de su desesperación nos apartaba con rabia, bruscamente.

Cuando la biblioteca estuvo vacía, tiró los libros que estaban alineados en el escritorio. Tomándolos en montones, los escupía con asco y los lanzaba por la ventana, gritando:

-Huid malditos. Ya no me perseguiréis.

Los vecinos se asomaban, los transeúntes se detenían a contemplar el planeo de los libros, y los pilludos se disputaban, a trompadas, los de tapas doradas o llamativas.

Cuando ya no quedó ninguno, se echó a reir.

-Les robé la sangre, gritaba entre risas, y ahora los echo, los ahuyento.

Su risa hueca nos sacudía de horror.

Con los ojos fuera de las órbitas, miró un pequeño librito, caído debajo del escritorio y dio un salto atrás, gritando:

—Vuelven. Suben de nuevo. Me persiguen. Desesperado, huyó corriendo.

II

Fui a verle al manicomio. Pareció reconocerme de inmediato. Llevaba bajo el brazo un gran rollo, hecho con diarios, viejos, cuidadosamente envueltos. Se acercó a mí y con una mueca picaresca me dijo:

-Ha venido Vd., señor editor, lo esperaba.

Como no se debe contrariar a los locos, le contesté:

—Sí; me interesa sobremanera su obra. No la conozco aún; pero creo factible un buen negocio.

Sonrió bondadosamente.

—Siempre buscando dinero, ¿eh?, me dijo, adoptando un tono serio, mientras se acomodaba a mi lado.

-Bueno, señor editor, continuó, Vd. busca dinero y hace bien; pero no me hable de él. Le cedo toda la ganancia que como autor me corresponda. En cambio quiero que la obra se imprima de acuerdo a mis deseos.

-Se imprimirá en el mejor papel, aseguré.

—No se trata de que sea el mejor, sino el más apropiado, me respondió. Mejor es un adverbio comparativo, usado en este caso con sentido económico, y ello no me interesa, le repito. Debe ser apropiado, nada más; establecer una íntima armonía entre el cuerpo y el alma del libro, entre las ideas, el papel, las tapas y el tipo. Si en una comedia, debiera caracterizar, entre príncipes, a un paisano, vestiría Vd. ropas burdas, que no serían las mejores sino las más apropiadas; ¿percibe Vd. la diferencia? Veamos: ¿de qué color serán las tapas? Eso es sumamente importante.

Como los locos gustan de los colores violentos, le dije:

-Rojo, rojo sangre.

Él rió largamente y al fin exclamó:

—Es Vd. un ignorante, señor editor. Vd. no ha estudiado, como yo, la importancia de la sugestión cromática;. Y debiera preocuparse por tan interesante asunto. Muchos libros se pierden por un inadecuado color de las tapas.

-¿Y cuál sería el color conveniente?, pregunté con timidez.

—El color de la tierra, señor editor ¿comprende Vd.?

Color tierra siena quemada, chispeado de verde. Ello será simbólico. Anticipará, al lector, el contenido de la obra y preparará su espíritu para las grandes revelaciones. En la tierra germinan todos los seres y por consiguiente todas las ideas; pero su conquista es el fruto preciado de penosos trabajos. Sí, señor editor, las tapas deben ser color tierra siena quemada, con letras azules. Todo el libro impreso en tinta azul. ¿Se da Vd. cuenta? Se mostrará así la franqueza con que está escrito. Nada de tintas negras, símbolo de hipocresía, de ocultismos. Letras azules, señor editor.

Le hice notar que la impresión con tinta azul, elevaría mucho el costo de la edición, y él se indignó. Su cara se contrajo en una mueca furiosa. Levantó el rollo de diarios y agitándolo en el aire, gritaba:

—Esto ha costado mucho más, señor editor. Este es el resumen de una vida entera de trabajos y sacrificios. Dentro de este rollo hay más que una idea, fundada en firmes conocimientos y expuesta en forma amena. ¿Se da Vd. cuenta del valor de una idea? Esta es una obra maestra, señor editor, que revolucionará las costumbres y las relaciones de los hombres. Vd. mismo, aunque ignorante, cambiará su forma de pensar y de actuar. La humanidad será feliz; el remedio de los males está acá, en forma agradable. Tiene el entusiasmo de la juventud y la parca sobriedad convincente de la edad madura. Nadie hizo nunca una obra semejante. Esta es la cúspide del pensamiento humano. ¿Y quiere Vd. fijarse en el costo de la impresión? Sólo su profunda ignorancia puede disculparlo.

Las venas del cuello, hinchadas, parecían reventar, y sus manos estrujaban convulsivas el rollo de papeles. Un guardián, desde la puerta, me hizo signos para que no lo contrariara.

-Debe disculparme, le dije, pero considere que, si bien tengo las más elogiosas referencias, yo desconozco su obra. Le ruego, por lo tanto, me dé una idea de su grandioso contenido.

Estas palabras le calmaron por completo. Adoptó un arrogante continente y me dijo:

-Perdono sus inconvenientes palabras, producto de su ignorancia y le prometo no citarlas en mis memorias. La posteridad las desconocerá.

Se acercó a una mesa, desató el rollo de papeles, lo extendió cuidadosamente y mientras los ojeaba, me decía:

—Le explicaré la concepción y la elaboración de mi obra. Sabrá Vd. el significado oculto de cada coma, de cada punto y coma y la lógica de hierro que une las palabras menos importantes. Nada hay que no llene un fin. ¿Ve Vd. este prólogo? Dijo, separando una arrugada hoja de diario, llena de avisos. Desarrolla el misterio de la gravedad y es la clave de todo el libro. Sin él, nadie comprenderá nada.

Puso el tintero sobre los papeles y calló un rato, como si acomodara las ideas. Luego, con la voz tranquila de una persona normal, que comienza reposadamente una larga narración, el loco narró:

—A los veinte años, la edad más estúpida y bella del hombre, comencé a escribir mi obra. El argumento, grandioso, sobrehumano, me entusiasmó. Una noche, después de haber comprado la cantidad de papel que juzgué necesaria, siempre Fui muy ordenado, comencé la redacción. Pensaba decir, bajo una agradable apariencia, verdades tan grandes que conmovieran al mundo. Me faltaban conocimientos y no lo sabía. No me critique mucho, señor editor: la juventud es impulsiva. Mi gran genio en germen no tenía sino la intuición del argumento; pero la intuición es la base del progreso humano. Ello no le interesa a Vd. Sin embargo, debía estudiarlo; son conocimientos útiles para un editor.

Prometí averiguar los fundamentos del progreso, y él continuó:

—Comencé, como digo, una noche tormentosa. ¡Qué tormenta se levantó esa noche! Parecía que la naturaleza estuviera dispuesta a impedir el comienzo de la obra que revelaría sus secretos, librando a los hombres de su yugo. Escribí siete palabras que recuerdo aún claramente: "Mar-

quínez miraba correr las aguas del río", y me detuve caviloso. Dudaba entre poner un punto, una coma o un punto y coma. ¿Se da Vd. cuenta de la importancia de la importancia de la duda? Un error gramatical podía hacer fracasar el libro y así lo comprendí de inmediato.

Consulté una gramática, decidido a estudiar a fondo las reglas de la puntuación; pero esa ciencia es confusa a este respecto, sin reglas determinadas que puedan orientar el criterio de un escritor. Busqué ejemplos en las obras clásicas, mas en ninguna encontré descrita una situación semejante. Mi propia originalidad me aislaba de todo ejemplo.

Decidido a corregir esta lengua gramatical, comencé un meritorio estudio que se prolongó por espacio de cinco años. Hice un promedio de comas, en los clásicos *y* en los modernos, *y* establecí su relación con el número de palabras, en todos los autores considerados como maestros. Reduje a cifras matemáticas los estilos y así los clasifiqué. Ordené los resultados *y* obtuve un fichero de los estilos. Puede Vd. traerme un libro, de un autor que desconozca, pero que figure entre los catalogados; contaré el número de signos y el número de palabras; estableceré la relación; buscaré en el fichero y le diré el autor sin lugar a dudas. Es un infalible sistema de investigación literaria, que hubieran adoptado las academias para descubrir plagios, si yo lo hubiera comunicado. Lo mantuve secreto y es Vd. el primer hombre que lo escucha: enorgullézcase. La fama, que hubiera cubierto mi nombre, no me tentó; era el estudio realizado, sólo un paso en la ejecución de mi obra. Supe, en adelante, puntuar un escrito con matemática precisión.

En posesión de ese secreto, me dediqué a continuar la redacción y escribí otras siete palabras: "La atracción del agua sumergíalo en un..." Una nueva duda, de un carácter mental más complejo, me detuvo. ¿Cuál era la denominación exacta del estado de ánimo que yo quería pintar? ¿Nota Vd. la importancia y complejidad progresiva de las dudas? Temí cometer un lapsus psicológico y me dediqué a estudiar psicología.

Para abordar con éxito su conocimiento, me fueron precisas muchas nociones de física, química, anatomía y fisiología; la psicología es una ciencia muy compleja. Por otra parte, nada me sera inútil. Ningún conocimiento es inútil, señor editor; le conviene saber eso. Pasé diez años dedicado a esos estudios, al final de los cuales, cuando me encontraba casi capacitado para continuar mi libro, comenzó una tragedia que hasta ahora he mantenido oculta. No la conté a nadie por temor de que me creyeran loco, señor editor. Se la contaré porque veo que, aunque ignorante, es Vd. un hombre inteligente.

Satisfecho por la atención con que lo escuchaba, se acercó aún más y continuó su narración casi en secreto. Paulatinamente entusiasmado habló cada vez más alto y terminó a gritos.

—Un día, un amigo mío me dijo que en un libro se describían las letras como diablitos que narraban cosas bellas. Nunca lo había notado; pero ya desenmascarados, los diablos comenzaron a ser visibles. Al principio me divirtieron; pero noté que los diablos de los libros viejos eran flacos, tristes, y los de los libros nuevos, gordos, rojos, rebozantes de salud. A medida que leía iban enflaqueciendo, palidecían, y quedaban tristes, acongojados. Este enflaquecimiento de los diablos me preocupó mucho. Logré descubrir más tarde que los conocimientos eran su propia sangre, su vitalidad entera. Creyéndolos inofensivos, continué devorándolos. ¿Qué otra cosa podía hacer? Debieron confabularse, porque un día comenzaron a huir, de spués, alentados, a fastidiarme. No pude leer, y considerando a los diablos como un aviso del destino, traté de dar fin a mi obra.

Otra desgracia me acechaba; no podía escribir, las letras huían. No bien terminaba una, se levantaba, corría un momento, como orientándose, disparaba después y el papel continuaba blanco, sin una mancha. Luché desesperadamente, traté de inmovilizarlas; usé tinta con goma, lápices de todos los colores, porque los colores tienen también influjo sobre los diablos; pero me fue imposible obligarlas a ponerse en su lugar. Me divertía, entonces, viéndolas huir. Las "o" se iban rodando; las "m", las "n" y todas las letras con patas huían veloces; las "a" y las "e" disparaban dando tumbos, y las "f", las "g" y las "j", se alejaban reptando. Estos espectáculos me hubieran desviado, posiblemente, de mi obra; pero las catorce palabras me obsedían: "Marquínez miraba correr las aguas del río; la atracción del agua sumergíalo en un...". Decidido a darle fin y con la seguridad de que los

libros eran los culpables, los destruí a todos una tarde y me vine a vivir a esta cómoda casa, donde el gran número de sirvientes, que vigilan día y noche, ahuyenta todos los diablos malignos. En este tranquilo ambiente he podido dar fin a mi obra. Ahora, señor editor, que está al tanto del enorme trabajo, podrá decir si merece o no un pequeño gasto en la impresión. Llévela Vd. y léala, cuando esté compenetrado de su contenido, venga a verme y ultimaremos los detalles. Yo no puedo acompañarlo porque preparo el segundo tomo.

Ató de nuevo el rollo de papeles y me lo entregó, diciendo:

-Déme Vd. un recibo en forma. Yo se lo dictaré y me dictó:

-"Recibí la más grande obra que fuera escrita entre los hombres. Su autor es Anancio Oiro, quien la compuso en veinte años de labor". Firme Vd. ahora, agregó.

Puse mi firma al pie y me entregó, ceremoniosamente, el abultado rollo de diarios viejos.

EL MISTERIO DE LA CAJA NEGRA

En el bosque abandonado, que rodea a la gran ciudad, corre un manso arroyuelo de aguas sucias y malolientes. A su borde, un hombre haraposo descansa sentado. Sobre la mugre que cubre su rostro, se destacan sus ojos claros, como de niño, llenos de franca bonhomía. Su aspecto sería el de un vagabundo vulgar, si no tuviera una enorme frente abultada y saliente, llena de tolondrones, como un zapallo. Las moscas, atraídas por el olor, vuelan zumbando a su alrededor. Un gordo moscardón azul se posa en las comisuras del labio, molestándole. Sin bruscos ademanes, casi con respeto, lo aparta, diciéndole al mismo tiempo:

—Vamos, tábano de la ciudad, ¿te quedarás quieto?

Respeta, hijo, el orificio más útil del hombre, que junto con el otro, que no puedes ver, completa el ciclo de la vida vegetativa.

Queda inmóvil y el moscardón vuelve a posarse en su cara.

—Querido tábano, protesta, no me molestes. Si no encuentras suficiente comida, solicita el aumento de basura en la calle. Estamos en una democracia y tu pedido se tendrá en cuenta.

El moscardón huye, revolotea un rato y se para sobre las piernas.

-Recréate en mi pantalón. Allí encontrarás abundante comida, sin molestarme. El mundo es grande y aún somos pocos; podemos vivir sin pelearnos.

El moscardón vuela, persiguiendo una mosca.

—Huyes, inmoral, le grita, resentido del poco éxito de sus reflexiones.

El moscardón, sorprendido, se detiene.

—Sí, eres un inmoral. Manifiestas rudamente tu instinto, sin respetar las tradiciones, ni las comunes normas de conducta establecidas.

El orgulloso insecto, envanecido por el azul tornasolado de su vientre, por el brillo de sus alas, por la maravilla afiligranada de sus patas y por la perfección funcional de su trompa, parece ofenderse ante los insultos de ese animal simple, de groseras y abultadas formas, para quien la naturaleza ha sido poco bondadosa, y, poseído de súbito coraje, le ataca zumbando.

-Altanero eres, le grita el vago, espantándolo a manotazos.

Después, para convencerlo de su inferioridad, le arguye: -Yo soy superior a tí; así lo aseguran los zoólogos y los fisiólogos. La relación del peso de mi cerebro al peso de mi cuerpo, es mayor que la tuya. Yo estoy sentado en la cumbre de la escala zoológica.

El moscardón, a quien estas razones no parecen interesar, ataca de nuevo; pero el hombre, ya fastidiado, lo ahuyenta definitivamente con rápidos manotones.

II

El sol, que cae sobre su espalda, le infunde una suave somnolencia. Se tiende sobre la hierba, reposa la cabeza sobre un montón de yuyos y se duerme. Las moscas, deleitándose en un tranquilo banquete, caminan, vuelan y pasean; sobre su inmóvil cuerpo.

En la mortal indiferencia del sueño, él va imaginando un vuelo gigantesco a través del espacio.

Como si su carne se hubiera hecho de pronto menos densa que el aire, comienza a elevarse, sin necesidad de batir alas. A medida que sube, la tierra se empequeñece. Lo rodea la atmósfera azul, pura y transparente. Abajo, la tierra; cubierta de una niebla gris, va perdiendo sus relieves. No distingue su patria, que es casi ilimitada, y los continentes mismos son borrosos. Una inefable felicidad inunda su espíritu y le conmueve hasta la fibra más íntima. La tierra no se percibe ya, sino como una bolita de barro que gira tontamente. El lejano sol alumbra poco y el frío de la altura estremece sus miembros. Desearía volver y sentarse al tibio sol, al borde del arroyo; mas la incontenible fuerza continúa elevándolo. Del sistema solar no se percibe nada más que el Sol, como una de las tantas estrellas que tachonan los cielos. Otros sistemas pasan a su lado, otros mundos. En algunos hay vida, otros están secos, desnudos; pero giran todos, vanamente, en la aridez solitaria del Cosmos. La fuerza que lo eleva se transforma, y se siente crecer, desmesurado. El volumen de su cuerpo, que aumenta con el tiempo, llena hasta el último rincón del Universo; lo ocupa todo, lo llena todo, y todo lo posee. Está en todos lados, es múltiple y es uno, es él mismo. Es la razón fundamental de todas las cosas y de todos los seres. Es la ley inmanente, móvil y perdurable del Universo. Su inteligencia, que lo une y lo relaciona todo, ve los más complejos fenómenos, como manifestaciones aparentes de una causa simple. Conoce la verdad única y la suprema lógica de los acontecimientos. Lo sabe todo y todo lo puede. Es Dios.

De pronto, la enorme fuerza cede. Se empequeñece y desciende, desciende con inaudita velocidad. El temor de la caída, del choque contra la negra tierra que viene a su encuentro, le eriza los cabellos y le hace abrir los ojos sobresaltado.

III

Durante su sueño, un hombre joven se ha sentado a su lado. Es pálido, flaco, ojeroso. Sus nervios, excitados por una causa desconocida, mueven sus dedos temblorosamente. Deben conocerse porque, tranquilo, el vagabundo le pregunta:

—¿Has vuelto ya?

—No puedo vivir alejado de ti, contesta el joven pálido, con resignada tristeza. Hay en tu vida algo anormal que tienta mi curiosidad.

-Nada de ella debiera alterarte. Soy un hombre simple, quizá más simple que el común de los mortales. Todos mis actos son sencillos. Nada hay de lo anormal, que dices.

—Ocultas, con cuidado, el secreto. Hay en tu vida algún horrible dolor, alguna honda decepción, una amargura por fuera de lo imaginable, para que te resignes a vivir al margen del arroyo, en tu casucha de latas, entre

la suciedad. Tú no fuiste siempre así; tienes amplios conocimientos y clara inteligencia y hubieras sobresalido en el mundo.

Una chispa, que brilla amortiguada en los ojos del vago, parece encenderse y cobrar cuerpo. Su abultada frente se hincha, como un globo que se prepara a partir. —¿Quieres saber la causa de mi abandono? ¿No temes que las sombras de otras almas terminen ensombreciendo la tuya?

El vagabundo, cuyos ojos lucen como ascuas, se levanta. La noche que llega sigilosa, al amparo de los árboles, agranda su ya corpulenta figura, haciéndola destacar sobre la melancolía rojiza del horizonte. Se vuelve, y mirando al joven con hipnotizante fijeza, marcado en sus rasgos un dolor, y una energía inesperados, le dice:

—Conocerás el secreto de mi existencia. Distinguirás el veneno sutil de mis horas y ojalá no envenene las tuyas, hombre curioso.

Calla. Su dolorida y enérgica expresión desaparece. En él, la energía y el dolor vienen juntos, y juntos se van. Recobra poco a poco, el aire de bonachonería de un honesto vagabundo.

Se alejan lentamente por los senderos polvorientos y mientras marchan el vagabundo reflexiona:

—Te narraré mi vida; creerás conocer la razón de mi abandono y, sin embargo, continuarás, al respecto, tan ignorante como ahora. La razón es tan frivola y veleidosa como el corazón.

Alrededor la noche es completa y la obscuridad, interrumpida por las pequeñas luces de una fábrica, simula, en complicidad con los coposos árboles, fantásticos espectros silenciosos.

Después de comer, sentados cerca del fuego, se miran callados. Hay en ellos una íntima comunidad de pensamientos, porque sus actitudes, sus gestos, todo el aparente reflejo de la cerebración, son idénticos. Parece que estas dos vidas opuestas, casi adversamente orientadas, se compenetrarán mutuamente en la intimidad silenciosa de la noche. No hablan, pero sus pensamientos se transmiten, se modifican y sus rostros van expresando emociones distintas, como si se narraran trágicas historias. Hasta el fuego retuerce sus llamas, quebranta las ramas, chisporrotea, se alza en ondulantes columnas o lame insistente la corteza de los gruesos troncos, al compás

de la emoción ambiente. Los faros de los automóviles que corren en la lejana avenida, semejan estrellas locas y el ruido ronco de las bocinas imita el croar de las ranas.

La curiosidad pinta, en el rostro del joven, una interrogación anhelosa y la mirada del vago insinúa una amarga compasión. Con voz lenta, pausada, menuda, con toda la parsimonia de quien teje laboriosamente, con el hilo de su vida, la estrecha malla de una narración, comienza:

-Mi padre murió joven, de un ataque cardíaco. Lo encontraron muerto una mañana, sentado en la cama, apoyado en la cabecera, con la mirada vaga de un hombre que resuelve una duda. Yo tenía seis años en aquel entonces, y a esa hora estaba en el colegio. A mediodía, cuando volví, me extrañó el inusitado movimiento y, sobre todo, la alteración de las costumbres. No me dejaron saludar a mi madre. Mi padre generalmente no estaba a esa hora, y me hicieron almorzar en la cocina, con los sirvientes. A mis insistentes preguntas de chico curioso, respondían con evasivas.

Después de almorzar, acostumbrado ya al nuevo estado de la casa, me distraje observando el trabajo de unos obreros, que sacaron los muebles de la sala, la llenaron de colgajos negros, que me hicieron suponer al principio que se preparaba una fiesta, y repartieron gruesos cirios, colocados en elevados candelabros, bajo la dirección de un señor desconocido. El conjunto me produjo mala impresión. Tanto preparativo, cuyo fin desconocía, me intrigó; y acercándome a uno de los obreros, le pregunté:

-Diga, señor: ¿están preparando una fiesta?

Me miró con profunda lástima y, golpeándome, familiar, en las mejillas, exclamó:

-¡Pobrecito! ¡Pobre chico!

Disgustado por esta compasiva expresión, no hice más preguntas.

Después, trajeron una gran caja negra, larga, lustrosa, y llena de adornos. La introdujeron en el cuarto de mi padre y al cabo de un largo rato la volvieron a sacar penosamente, y la colocaron en la sala, sobre un elevado pedestal, bajo los cortinados negros, rodeada por los cirios. Trajeron muchas sillas al vestíbulo y se fueron.

Tenía la seguridad de que la explicación de esas anormales operaciones,

estaba en la caja negra y rondé, sin atreverme a entrar, porque la sala desierta y los humeantes cirios me intimidaban; pero la curiosidad fue más fuerte que mi temor. Entré, arrimé una silla, porque mi escasa estatura no llegaba al borde, y ya me encaramaba, cuando mi tía, entrando, pegó un grito. Sé acercó rápidamente, me dio un bofetón y llamando a la sirvienta, le ordenó que me cuidara y no me dejara salir de mi cuarto.

Al anochecer conseguí burlar a la sirvienta y me Fui al vestíbulo, para ver a las personas que en gran número llegaban a Casa. Todas obraban de idéntica manera. Dejaban el sombrero en la percha, saludaban a los conocidos, iban a la sala y contemplaban largo tiempo y con gran interés el interior del cajón. Se agachaban para ver mejor y hacían comentarios entre ellos.

Yo, mirándolos desde afuera, calculaba que debía ser muy interesante el contenido, e imaginaba diversos medios de averiguación. Cuando salían, me tocaban las mejillas y decían:

-¡Pobrecito! ¡Pobre chico!

Estas expresiones, unidas a la envidia, me enfurecían. Me enviaron temprano a la cama, pero no pude dormir.

Mi curiosidad, que me llevaba a romper las cajas de música, a destrozar el vientre de los muñecos y a desarmar los relojes, regalados por mi padre, estaba intensamente excitada. Mi débil cabecita no alcanzaba a imaginar un espectáculo tan reducido e interesante, como para atraer tantas personas grandes. Me confundía aún más la compasión que hacia mí sentían, después de haber visto el interior del cajón. Me dormí tarde, agitado por pesadillas.

A la mañana siguiente, a la hora en que me permitieron levantar, había ya mucha gente reunida en el vestíbulo. Me miraban con interés y yo, envanecido, me paseaba ufano, olvidado de mí pasada curiosidad. Luego, más confianzudos empezaron, como el día anterior, a golpearme en las mejillas y a decirme:

-¡Pobrecito! ¡Pobre chico!

Estas exclamaciones y la vista del negro cajón avivaron de nuevo mi curiosidad. No pude contenerme y me dirigí a un señor gordo y colorado, que me había visto antes en mi casa, y le pregunté:

—Diga, señor: ¿qué hay en la caja negra?

-¿No lo sabes?, exclamó, sorprendido, y tomándome de la mano, agregó:

-Ven, te lo mostraré, y fíjate bien que ya no lo verás más.

Esta contestación nubló mi alegría. ¿Acaso lo había visto alguna vez?

Me tomó en brazos y me alzó sobre la caja negra. Primero no vi más que un raso blanco por todos lados; pero cuando entre ellos descubrí la cabeza de mi padre, mi corazón casi se detuvo por la inenarrable emoción. Era mi padre, mi buen padre, horriblemente rígido a quien veía. Su cara blanca, como mármol, sus ojos cerrados, la rigidez de sus músculos y la palidez de los labios estremecieron mis nervios. La emoción, por lo intensa, no me permitía llorar, moverme, hacer un gesto.

El señor, que me tenía en brazos, me dijo:

—Bésalo, bésalo en la frente, porque ya no lo verás más. Quise obedecerlo y no pude. Me contenía una repugnancia instintiva. El repitió:

-Bésalo, muchacho.

De nuevo intenté obedecerle, estiré mis labios, bajé levemente la cabeza y me detuve; no podía. El terror y el instinto eran más poderosos que mi voluntad. El gordo señor, cansado de tenerme en brazos, insistió con energía:

—Bésalo, bésalo, te digo, que ya no lo verás jamás.

Vencido por lo imperativo de la orden, bajé la cabeza y apoyé mis labios sobre la frente. El contacto de su carne tierna y fría, herizó mis cabellos y me hizo levantar bruscamente la cabeza, con repugnancia.

El señor me depositó en el suelo, y viendo mis ojos secos, dijo:

—Tienes el alma de hielo, muchacho.

Me alejé tambaleante como un ebrio. Mis piernas temblaban, mi frente ardía o se helaba, intermitentemente. Contrariando la prohibición, entré al cuarto de mi madre, lleno de señoras, y me eché en su regazo. Me dio un beso cálido y húmedo, y este beso ardiente, me estremeció.

Mis sienes palpitaron con martilleos secos y, preso de una conmoción nerviosa, caí al suelo sin sentido.

Un mes estuve en cama, enfermo. Las más horribles pesadillas pasaron en mi sueño. Desfiles macabros interminables, mujeres que lloraban e

inundaban la tierra con sus lágrimas, calaveras sarcástocas, se sucedieron, en la sombría noche. Monstruos enormes y viscosos, me rodeaban y me acariciaban con sus lenguas tiernas y heladas. Dominando todos los espectros aparecía, luego, un cajón negro, un enorme cajón que me perseguía furioso. Después, viendo la figura de mi padre, corría a cobijarme tras ella, pero me asustaba su rigidez y disparaba. Y yo huía, perseguido, huía, huía sin cesar, aterrorizado; huía en la espantosa noche macabra...

Durante la convalecencia, mi inteligencia permaneció nublada. Mi rostro tomó una expresión grave, sombrío reflejo de mis sufrimientos. La idea de la muerte me absorbió. Lo infinito apareció en mi cerebro, como una revelación prematura. Analizaba el «jamás» del gordo señor y su indefinible significado me hundía en angustiosas vacilaciones. El «nunca más» lo identifiqué poco a poco a la idea de la muerte y fue en adelante el centro de todos mis pensamientos. Fui imaginando muertos a todos mis amigos, muerta a mi madre, muerto yo mismo y encerrados todos en herméticos cajones negros. El dolor real, verdadero, me hizo llorar por primera vez. El llanto fue mi salvación. Él fue sacando mis angustias, mis pesadillas y curándome lentamente.

La terrible noción adquirida en tan temprana edad por mi cerebro aún virgen, carente de otras más elementales, e incapaz de defender, se arraigó como una idea fundamental. A ella amoldo, sin querer, mis actos y mis voliciones todas.

Mis pensamientos no expresan en el fondo más que una resignación triste, lamentable consecuencia de la naturaleza del mal. Vivo a la espera de la madre cariñosa, que nunca nos olvida, a quien no temo ya y que casi amo.

Ella me arrebató en sus brazos y, elevándome sobre mi propia miseria, me mostró los seres y las cosas en su despreciable infinitud.

Calló. El fuego, bajo la ceniza, agoniza. La noche está en todos lados y el silencio que desciende del negro cielo aletarga sus almas.

-Si la columna vertebral de tu vida se rompe, medita pausado, caerás en el arroyo.

A los lejos, los faros de los autos simulan estrellas locas.

UN ACCIDENTE CALLEJERO

En medio de la calzada, detrás de un tranvía, se amontona con rapidez un gran número de personas. El objeto de su curiosidad debe de estar en el centro del grupo, porque las últimas pujan afanosamente por llegar a él.

Ricardo Villoc, que distrae su ocio paseando tranquilamente, intrigado a su vez, se acerca y arremete, a pisotones, codazos y empellones, levantando un cúmulo de protestas por la pujanza y decisión de su avance. Consigue al fin llegar a la primera fila y contemplar el ansiado espectáculo.

Tirado en el suelo, un chico de doce años se desangra por dos horribles mutilaciones. Las ruedas del tranvía le han cercenado ambas piernas, que permanecen unidas al resto del cuerpo por escasos restos sanguinolentos; tendones y músculos destrozados. La sangre, que brota en hilos finísimos, forma sobre el asfalto un manto de un hermoso color púrpura. El dolor ha rebosado su capacidad nerviosa, y la naturaleza, que lo hizo, le defiende, manteniéndolo en una insensible inconsciencia. Su tez descolorida y sus ojos cerrados parecen aprontarse para el sueño eterno. Sus pálidos labios se entreabren de rato en rato, exhalando apagados ayes lastimeros.

No han llegado aún los agentes del orden público y los curiosos hacen los más variados comentados y sugieren diversos socorros; pero nadie se mueve, temerosos de perder las ubicaciones tan valientemente conquistadas. Llegan dos vigilantes, muy agitados y nerviosos, e inquieren los detalles con atropelladas preguntas que los curiosos satisfacen con atolondradas respuestas. Cuando terminan su averiguación, sacan unas libretas sucias, y comienzan una anotación penosa, interrumpida sólo por las órdenes autoritarias que dirigen a los impertinentes espectadores.

—A ver si despejan. No tienen nada que hacer. Transiten.

El mótorman reitera con frecuencia sus protestas de inocencia y busca personas de buena voluntad que lo testifiquen.

El grito de repugnancia, que lanza un joven elegante y simpático, llegado tras ardua lucha, se comenta con groseras pullas. Un dependiente de almacén, que molesta a sus vecinos con la canasta que cuelga del brazo, estudia el aspecto económico del accidente, calculando el monto probable de la indemnización.

Villoc, al salir debe librar otra batalla de codazos y empellones, porque nadie le abre paso y deseosos de conquistar su lugar, empujan con todas sus fuerzas.

Su intensa compasión, sentimental e indefinida, va precisándose a medida que se aleja de la reunión de tarariras.

—Es digno de lástima —piensa—, no por el pasajero dolor físico, sino por la tragedia moral de sus días futuros. Ya no podrá ser un individuo normal. Será un hombre trunco, que mirará al mundo desde la altura de un perro, despojado para siempre de la esperanza de mirar como iguales a sus iguales. Inseparables como su sombra, le rodearán de continuo la compasión de los sentimentales y la burla de los crueles. Los chicuelos bautizarán su desgracia con risueños apodos.

En todas las escenas, en todos los actos de su drama cotidiano, cada mirada piadosa, cada sonrisa visible, serán motivos de honda amargura, que avivarán de continuo su dolor y su desesperación.

En su juventud, cuando el físico desempeña un preponderante papel, deberá arrastrar su lamentable figura, tratando de ocultar sus pasiones, tanto más ridiculas cuanto más intensas. ¿Un hombre tronco enamorado? ¿Puede darse algo más cómico, grotesco y ... terriblemente trágico?

Las contenidas pasiones, el lento dolor acumulado y la imposibilidad de gozar los placeres comunes, desarrollarán su inteligencia, sutilizarán sus sentimientos y, excitando su imaginación, formarán, con sus ideas multiplicadas, un maravilloso mundo interior, donde se deleitará él, pobre individuo, tan idéntico y tan distinto a sus semejantes. ¡Pobre cabeza humana que podrá pensar alto, desde su reducida estatura de perro!

Si de mí dependiera, si su vida estuviera en mis manos, le dejaría, tendido sobre la acera, desangrarse sin dolor, lentamente. Le dejaría entrar en la rotación de las cosas que fueron; irse pausadamente al país, lejano y misterioso, donde los seres no tienen piernas. La ciencia, implacable, tratará de conservarlo, de hacer una realidad la imaginada tragedia, que tantos viven, creando el hombre-tronco de la altura de un perro. ¡Oh, consoladora eficacia de la ciencia!

Mas, ¿por qué reflexiono en esta forma, dejándome arrastrar por un irrazonable sentimentalismo? Es un ser dolorido que pasó a mi lado, como tantos otros, y que no debe preocuparme, como no me preocuparon los demás. Soy por esencia egoísta y cruel. En mi infancia arrancaba las patas de las moscas, para reírme de sus ridiculas convulsiones. Contemplo con agrado las sangrientas piernas de los animales muertos, que con sus músculos, tendones y venas cortadas, cuelgan en las puertas de las carnicerías. Asistí a una guerra cruenta, donde los hombres murieron por millones, quejándome los días en que no se anunciaba un millar de muertos, y mi refinada crueldad lamentó, sinceramente, su terminación, que me privó del placer de los comentarios guerreros. Me niego, pues, con la razón, el derecho de sentir piedad hacia los seres vivos, y, sin embargo, aún tiembla mi corazón. ¿Por qué?

En la esquina, un hombre bajo y mofletudo, sin condiciones oratorias, refiere el accidente a una señora joven.

-Venía del colegio, ¿no? El mótorman trató de parar, pero no pudo ¿no?, y las ruedas le cortaron las piernas ¿no?

La señora, alma buena y piadosa, exclama en un grito que sale desde el fondo de su corazón:

—¡Pobre madre!

Este grito sincero le explica, con meridiana claridad, la causa de su propia compasión.

EL DIARIO DE NICOLÁS BRÓDEL

NOTA DEL COPILADOR

Tal como las encontré, doy a la publicidad las páginas más interesantes del diario de Nicolás Bródel. La única corrección que efectúo, es substituir las fechas, que pueden tener individualmente un gran valor, pero que al lector nada dicen, por títulos que tratan de resumir el contenido de cada capítulo. Efectué la selección buscando aquellas que mejor sintetizaran su vida, sus pensamientos o que describieran su relación con otras personas.

La lectura de estas páginas requiere cierto recogimiento y favorable disposición de ánimo. Son sinceras, y quizá por ello algo monótonas. La vida real no presenta nunca grandes variaciones. Como él mismo lo dice, su vida fue sencilla y triste, tan sencilla y triste como la de todos nosotros.

R. S. O.

LA FOGATA

Mi padre me obligó desde muy niño a escribir mis impresiones diarias. Aún no sé claramente qué objeto pudo guiarle, aunque supongo fue un recurso pedagógico. Al principio me era dificultosa la redacción y por lo general no recordaba los hechos del día. Me acercaba a mi padre y le decía:

-Papá: no he escrito nada, porque no hice nada en todo el día.

-No es posible —protestaba-. Tú has ido al colegio y has jugado en la calle toda la tarde. Te vi desde el balcón atar una lata a la cola de un perro.

-Era un perro atorrante, papá.

-Muy bien; escribe eso.

Esta escena era diaria. Poco a poco me acostumbré a relatar mis impresiones, costumbre que en el andar del tiempo ha adquirido los caracteres de un vicio, con las mismas raíces, poderosas y triviales, de todos mis vicios.

Llené así miles de carillas, que inundan paulatinamente todos los cajones de mi cuarto y llenan hasta las cajas de los botines gastados. Hoy, como el fumador que tira las colillas de la noche anterior, que con las cenizas rebasan la capacidad de los platillos, me dispongo a quemar la hojarasca que mis páginas juveniles han ido formando.

Yo nunca me hubiera decidido, porque, aun reflejando mi monótona vida, creo que alguna enseñanza contienen. Pero, el otro día, la voluntariosa dueña de la pensión entró como una tromba, diciendo:

—La muchacha se queja de sus papeles. No consigne tener el cuarto arreglado. Vamos a quemarlos.

Traté de convencerla, y sólo después de una larga discusión, conseguí un corto plazo para separar los que pudieran interesarme.

Esta tarde, separados ya los que marcan alguna etapa de mi vida, me entretengo releyéndolos, cuando ella entra con su acostumbrada brusquedad, y me dice:

-¿Y? ¿No trae sus papeles? La fogarata está encendida.

Le hago notar que no se dice fogarata, sino fogata; pero ella, sin atenderme, alza una caja de botines, repleta de papeles, y se dirige al fondo. Yo la sigo, pensando:

-Quizá tenga razón esta mujer. No hay que aferrarse al pasado.

No obstante esta reflexión, un vago remordimiento se agita en mi conciencia.

—Doña Petrona -le digo-, voy a destruir el resumen de mi vida. Es un suicidio.

-Cállese -exclama- Vd. no dice más que pavadas. Arden las hojas con una gran llamarada, que ilumina de rojo nuestras caras, y que se apaga rápidamente. Queda un montón de hojas negras, retorcidas y muy tenues que el viento eleva, mantiene flotando y aleja despacio en el crepúsculo ceniciento.

—Vea, Petrona -le grito— como huyen las negras mariposas. Cada una de ellas se lleva parte de mi ingenuidad infantil y de mis impresiones juveniles. Soy un hombre sin pasado.

LOS MUÑECOS DÍSCOLOS

El pasado, del que quise desprenderme, vuelve a pesar mío. Los graves muñecos del mundo interior son díscolos. Salen al tablado y lloran, luego se sientan y simulan pensar. Se apoderan de mí y elevados sobre sus altos coturnos, adoptan posturas trágicas.

Es de noche. Un niño juega con un gato blanco, con desgano progresivo. A su alrededor la madre teje y el padre lee. El chicuelo se queda quieto, mira a su padre y piensa que cuando él sea grande...

Después se levanta y dice:

-Tengo sueño, mamá.

El padre aparta sus ojos del libro, lo mira un momento, lo atrae hacia sí y le dice:

—Si te duermes ya no podrás despertar. Te quedarás dormido para siempre.

La madre hace un gesto de disgusto, el padre sonríe, y el niño, enojado, exclama:

-Qué me importa. Yo quiero dormir.

El sueño invencible lo abate, y apoyando la cabeza en los brazos cariñosos, cierra lentamente los ojos.

Ahora me pregunto: ¿Dónde quedarán mis filosofías cuando sienta de nuevo esa gran pesadez de los párpados, que quieren cerrarse para siempre?

-Nosotros —me digo- nada sabemos; y es posible que en esa ignorancia esté la poca felicidad que nos es dado gozar. Sin embargo, la vida es sencilla, tristemente sencilla. ¿Por qué no la comprendemos? Son escasos los resortes que mueven a la humanidad y que la humanidad repite en mil formas, como queriendo complicarlos. La vida es horrorosamente lógica.

No deberíamos exigirle sino lo que puede darnos, y le exigimos mucho más. Leemos, meditamos, nos quejamos, y, no obstante, nos aferramos a ella desesperadamente. ¿Por qué es eso? Lo he pensado inútilmente. Analizando mi instinto, no hallé satisfacción alguna, ni escuchando el ritmo apresurado de mi corazón, ni saciando mis bestiales apetitos, ni tratando a mis semejantes, ni aislándome de ellos. ¿Dónde está, pues, el mágico encanto de la vida?

El pasado ha vuelto. Los graves muñecos del mundo interior me dominan. Hago un esfuerzo, sacudo la cabeza, y cambio el rumbo de mis pensamientos.

Contemplo mi habitación limpia, sin papeles, ordenada. Calculo el volumen de mi ropa, que cabe cómodamente en una valija, y siento un gran alivio, como si me hubiera librado de una pesada carga, de una carga enorme, que hubiera gravitado sobre mis débiles hombros.

UNA COMPRA IMPREVISTA

El librero me dijo esta tarde, al tiempo de mostrarme un grueso volumen:

-Temo, señor, ser importuno y que Vd. vea en mi consejo un fondo de interés; si no le recomendaría uno de estos atlas. La claridad de la impresión, la precisión del diseño y la exactitud de los datos, al dar un reflejo real de la superficie terrestre, hacen más fácilmente comprensible el conocimiento de las costumbres e industrias humanas.

Hícele notar que no eran propiamente el comercio y la industria la fase de la actividad humana que más me interesaba, y que si tal fuera, no me interesaría mucho más.

Le daba ya la espalda, cuando él, que debía de estar algo chispeado, pues es de ordinario reservado y discreto, me contestó:

-Señor, un atlas, dibujado con la claridad, precisión *y* exactitud con que lo está éste, ayuda a la imaginación a rehacer en los mapas el itinerario de los viajes efectuados y a revivir, en la comodidad del escritorio, las intensas emociones que éstos producen.

Como noto que varios clientes tratan de escuchar el diálogo, aunque simulan estar absortos en la requisa de los libros, yo supongo que ellos me imaginan un escritor, a quien el librero habla de un asunto editorial. Esta pequeña vanidad, ridicula por lo ficticia, me obliga a prestar atención a su facundia incontenible.

-Señor -continúa él—, yo nací en Cantilana, situada al borde del Guadalquivir, al norte de Sevilla. ¿Ve Vd. -dijo, abriendo el atlas el mapa de referencia— la desembocadura del Viar? Allí me bañé muchas veces siendo niño. A los veinte años, me fui a Madrid, y al contemplar en el plano la

negra línea del ferrocarril, rae parece aún sentir el cansancio y la opresión del pecho, en la pesada atmósfera del sucio coche de tercera.

Mientras hablaba, marcaba con el lápiz el trayecto del viaje.

Dos clientes se habían acercado despacio y observaban la escena con ligera sonrisa. Yo también sonreí y me dispuse a escuchar con tolerancia la continuación del discurso.

-Pero -exclamó de repente— yo hablo inútilmente.

No puede apreciarse, sino observando lo conocido. Dígame Vd. por dónde ha viajado, consultaremos el mapa correspondiente y se asombrará Vd. del número de datos y de la claridad del diseño.

Los dos espectadores me miraron. El librero calló, a la espera de mis indicaciones. Una oleada de sangre debió inundar mi rostro, porque sentí arder mis mejillas. El silencio y la expectativa de los que me rodeaban, me confundió aún más. ¿Qué contestarle? Confesarle toda la verdad y decirle:

-Vd. no podrá señalar mis viajes, porque yo nunca viajé. No salí de mi país; ni siquiera he salido de mi ciudad; casi no he salido de mi barrio. Ya lo veía cerrando el libro y diciendo despectivo:

—En este caso, el señor, verdaderamente, no puede apreciar el mérito de la obra.

No, nunca le confesaría la verdad.

La expectativa aumentaba, creerían seguramente que yo buscaba un lugar, donde hubiera probabilidad de que el atlas fuera completo, y se sorprendieron cuando casi involuntariamente, le dije:

-Me ha convencido. Me llevo el atlas.

El librero hizo un ligerísimo mohín. Un poco temulento y entusiasmado por el discurso, había sentido renacer, resabio de viejos tiempos de estrecheces, sus facultades convincentes, que usaba en la prosperidad con ideal desinterés. Hubiera preferido, aunque no lo comprara, señalar uno de mis viajes y darme el convencimiento íntimo de la bondad del libro. Pero las circunstancias le eran desfavorables. Corrió el mostrador y empaquetó el atlas.

En la calle, con el grueso libro bajo el brazo, me arrepiento de mi cortedad y me consuelo y refocilo imaginando lo que pude haber contestado, entresacado de mis libros de viajes.

-Muéstreme Vd. -pienso que debí decirle- la región del Austria alpina, el Tirol meridional, los Alpes Nórdicos, y reviva, si le fuere posible, en esas minúsculas rayitas de color parduzco, la variedad del paisaje, la verdura de las praderas y el recorte que en el cielo producen las montañas lejanas. Reproduzca la multiplicidad de las razas que lo habitan, en cuyas diversas costumbres hay, común, una fe sencilla y una honestidad ejemplar. Renueve en mi alma las suaves emociones que experimenté, cuando en grata compañía, en la primavera de mi vida, fui allí a gozar de la felicidad inefable que proporciona una pasión pura y un reposo tranquilo.

Tal me deleito pensando, mientras camino agobiado por el peso del enorme volumen.

LA BIFURCACIÓN

Al contemplar el atlas, confundido ya con los libros, que en un rincón de mi cuarto se cubren de polvo pacientemente, recuerdo un acontecimiento que pudo decidir el rumbo de mi vida.

Tenía diez y nueve años y estaba solo en el mundo.

Vivía enfermo de melancolía y de abulia. Un amigo, cuyo padre era proveedor de los barcos mercantes que arribaban al puerto, me ofreció un puesto en un velero. Muchas veces habíale contado mis deseos de viajar, el ansia de ver tierras nuevas, cielos distintos, hombres diferentes.

-Nicolás —me dijo—, mañana parte un velero para Adelaida y necesitan, urgente, un empleado a bordo. Puedo conseguirte el puesto por intermedio de mi padre. Debes decidirte antes de las seis.

—¿Y una vez en Adelaida?

—Allí sabrás arreglarte. No eres un nene.

-¿Pero el barco no vuelve?

—No. De allí irá a Londres y quizás recién vuelva a Buenos Aires; depende de los armadores.

-Pero, ¿y si no volviera?

-Eso es cuestión tuya. Ya lo sabes, hoy a las seis.

Supongo que no desaprovecharás esta ocasión. Hasta luego.

Quedé anonadado, perplejo. La incertidumbre, en que me hundió la sorpresa y la inseguridad de la vuelta, fue transformándose en temeroso desaliento. Como el viajero que oye un rugido en la selva, yo buscaba mis armas, mis vehementes deseos, y me desesperaba no encontrándolos.

La vida se abría ante mí en toda su amplitud, resplandeciente y misteriosa, incitando a la lucha, presentándose llena de recovecos y asechanzas.

Me veía en Adelaida, pobre, sin poder volver, rodando de oficio en oficio o vagando de puerto en puerto, siempre miserable, siempre extranjero, siempre acosado. Viviría flotando, como la resaca, en la orilla del mar, al borde de las ciudades, en el fondo de las tabernas de Sidney o de Melbourne. Quizá me hiciera marinero, alentado por la esperanza, y conociera el soplo del tifón y los mares de fondo del Indico.

¡Siempre solo! Extranjero en todos lados, en acecho constante, en una lucha horrible, cuerpo a cuerpo con el destino, por el pan de cada día. Y sin más límite que la posibilidad de vivir, ir perpetuamente de acá para allá, como una hoja seca, como un corcho, juguete de las olas. Posiblemente por las noches, en el mar, bajo las estrellas, y en las tabernas entre el aire acre y el retumbar de los tamboriles, pensara en mi lejano país, en mi vida que pudo ser tranquila y en el risueño hogar que pude formar, y el recuerdo, unido a la fantasía, amargaría a la cosa humana juguete del destino, del viento, de las olas y de los hombres.

A mi alrededor pasaban los transeúntes apresurados y las damas con menudos pasos. Sentí un intenso amor a todos, me parecían hermanos, amigos. Mi vida se me presentó mas risueña, rodeada de seres que conocía, que hablaban y pensaban como yo. Mis angustias, mis anhelos desaparecieron.

—Quiero vivir aquí -me dije-. Quiero darles mi afecto para recibir el suyo.

La tarde moría insensiblemente. El reloj marcaba las seis y cinco. La hora decisiva había pasado y me invadió un agradable bienestar. Fui a ver a mi amigo. Me recibió malhumorado.

-Veo -me dijo— que te quejas en vano.

—Me ha dado miedo -confesé— la vida aventurera.

-Siempre da miedo emprender algo nuevo —contestó sentenciosamente-. No debes quejarte de lo que no quieres remediar. Ve, vagabundo casero, Ve a tu cuarto, a soñar que viajas.

Me despidió con estas frases mordaces, que aún me pesan.

Si pudiera rehacer mi vida, si pudiera decirle al destino, como a un amigo complaciente:

-•Ea, me equivoqué! Comencemos de nuevo la partida para que tenga "i interés.

•Ah!, si fuera ahora cuando debiera contestar, le diría:

-Tengo el coraje suficiente para afrontar esta enorme variación de mi vida. Sé que sin luchas, la existencia no presenta atractivos. Parto mañana para Adelaida.

Pero ya es tarde, no supe conocer la encrucijada de los caminos.

MI TERRIBLE COMPAÑERO

En el cercano reloj del hospital suenan las nueve. Las argentinas vibraciones juegan un instante, despidiéndose, con los ecos de la torre, saltan sobre el rumor confuso que sube de la calle, repercuten en mi oído y se alejan temblando en la noche diáfana.

Al pasar han conmovido mi alma, súbitamente angustiada. Una honda arruga surca mi frente. Luego, voy cayendo en una lánguida tristeza reflexiva, preñada de recuerdos, que el aniversario evoca más nítidos. Hace quince años entré a este cuarto por vez primera. Exactamente quince años, que mi viejo compañero se encarga de recordármelos.

El primer día de pensión se ha grabado en mi memoria, con el detalle de los acontecimientos faustos. Después de cenar, me senté en este mismo lugar, a meditar sobre mi futuro. Nueve notas claras interrumpieron mi abstracción. Sobre el cielo estrellado se destacaba el ojo enorme y luminoso del reloj. Mi juventud estalló en un himno.

Noble reloj:

tú, que contemplas, con la impasibilidad de la costumbre, el desfilar del dolor humano;

tú que ríes, encaramado en lo alto de la torre, de la comedia que pasa;

tú, que interrumpes la continuidad de la vida, con tu metódico anuncio;

tu, que cuentas isócrona e implacablemente, el deslizarse de las horas alegres y el de las amargas;

tu, que, indiferente al propio llamamiento, vigilas sin descanso el transcurrir de los minutos;

tu, has cantado en mi honor nueve canciones sencillas, candidas y tristes.

Te lo agradezco y deseo que el aire suave de la noche prolongue hasta lo infinito el murmullo de tu voz.

Así traduje mi emoción del primer día. Desde entonces mi terrible compañero, cuya torre semeja en la noche un índice que señala el cielo, no me abandona un solo instante. Regula todos mis actos y reprocha mi tiempo perdido. ¡Ea, arriba, son las ocho! ¡Ea, al trabajo, son las diez! ¡Ea, a cenar, son las ocho! ¡Ea, a dormir, son las once! Cuando ya estoy acostado, con una sola campanada, que escucho somnoliento, me pregunta: ¡Ea, ¿qué has hecho hoy?!

Cuando el último llamamiento, el que ya no me reprochará más, el de despedida, el definitivo, llegue hasta mí, trataré de murmurar:

—Tú, que interrumpes la continuidad de la vida con tu metódico anuncio...

NOCHEBUENA

En la época lejana de mi infancia, risueña y vaga, tan vaga que en la amplitud monótona de mi vida es como un sueño, solía cantar en el patio, bajo un gran naranjo:

"Esta noche es nochebuena, y no es noche de dormir". Ahora, tranquilo, en apariencia, he sacado una silla al corredor y tomo mate bajo la mansa luz de la luna.

Mi imaginación divaga libremente, pero mis oídos oyen sin querer los ruidos varios que surgen de las calles y las casas. De pronto, callan todos al unísono, y cuando recomienzan voy escuchándolos, atento.

Cerca, canta un fonógrafo una canción popular, y su voz pastosa, en la suavidad apagada de la distancia, es una incitación al abandono. Un cohete rasga el aire, y al explotar esparce multitud de estrellas, que simulando mundos, viajan un instante en el cielo oscuro. Otros estallidos se escuchan y numerosos cohetes se perciben entre los trozos recortados del cielo.

La ciudad se divierte.

Enfrente, unos trabajadores cantan un aire monótono y nostálgico. Cantan y sueñan. Es posible que vayan, como yo, escalonando sus diversas navidades.

Del fonógrafo se levanta una voz potente y un chicuelo, en la calle, grita haciendo burla. La que maneja el fonógrafo responde a una pregunta insidiosa, que no oigo: "Que querés, si es Constantino".

Un transeúnte, que seguramente va con las manos en los bolsillos, así >e me ocurre que debe ser, silba a todo pulmón un tango en boga: "Ya no ªy en el bulín... (aspira y sigue) aquellos lindos frasquitos ...". Da vuelta en la esquina y se aleja silbando siempre.

Mi viejo compañero da el toque de silencio, con doce campanadas, y la ciudad entera le obedece. Los cohetes menudean, el fonógrafo calla, los ruidos se apagan.

La ciudad duerme.

Por la esquina cruza al paso, haciendo resonar el empedrado, un coche triste. Le imagino triste, porque va despacio. Siempre asocio la lentitud con la melancolía.

La idea del año que agoniza surge en mi cerebro. Pienso en los antiguos amigos que están como muertos para mí. Les imagino en este preciso instante, al que me aferró angustiado para que no huya. ¿Qué será de aquella pobre Catalina? ¿Qué hará? ¿Dónde estará en este preciso momento?

El silencio profundo que me rodea, me asusta de golpe. Estoy solo, absolutamente solo. No hay conmigo nadie más que yo mismo. ¿Yo? Me espanta la idea de mi propio ser, aislado en el universo, sin pasado, sin presente, sin futuro, sin nadie que por mí se inquiete.

Un borracho pasa cantando la nostalgia de su vida. El eco de la calle desierta multiplica su canción.

Aquel ser que pasó silbando, indiferente a mi pensamiento fijo en él; el triste coche, que se fue también, y la reciente alegría de la ciudad, que ahora duerme tranquila, me parecen vanas fantasías de mi mente, me parece haber soñado, y me digo, íntimamente convencido:

—La vida es una ilusión.

El borracho canta, ahora: Esta noche es nochebuena, y no es noche de dormir.

EL ESPEJO

La dueña de la pensión ha puesto un espejo sobre mi escritorio. Esperará así, supongo, modificar mis costumbres y hacerme cuidadoso de mi peinado y de mi corbata, cuyo desarreglo la desespera. Como está colocado frente al sitio que ocupo de costumbre, aparezco en él cuando levanto la vista. La constancia con que presenta mi imagen me obliga al fin a prestarle atención. Termino entregándome por entero a su contemplación.

—Ese soy yo —me digo—, y, sin embargo, no me reconozco.

La mirada triste me obsesiona, sobre todo. Hay en esos dos grandes ojos castaños, húmedos, en cuyas pupilas parece que se hubiera colado la tristeza y la oscuridad de la noche, la narración de una honda tragedia. Para romper la sugestión, le hablo:

-Dime, tú, que estás en el espejo, tan fugazmente como yo en este lugar, ¿qué profundo dolor amarga tu breve existencia? ¿Qué desilusión oscurece tu inseguro instante? ¿Cuál el ideal que te inquieta? Tu gesto impasible, casi hosco en su timidez, me dice que tu vida está vacía. ¿Estás descontento de tu vacuidad, de tu inutilidad, de tu inmodificable inutilidad. ¿Piensas que te irás del espejo y no habrás hecho nada, absolutamente nada?

El dolor y la tristeza aumentan.

-I ero, ¿qué te sucede? -le pregunto—. Brillan tus ojos, por una humead que no alcanza a cuajar en una lágrima. ¿Mis preguntas te son dolosas, ¿obre tu frente se esboza una arruga, que se desvanece como una onda leve en el mar. ¿Tu juventud? Es cierto, fue breve. De lejos, tiene el

grato sabor de una vieja canción que recitamos, de una hermosa comedia que vivimos, de un cálido verso de amor que murmuramos. ¿Y ya no volverá? Es verdad, huye cada vez más lejos. La imperturbable fijeza de tu mirada es desgarradora. Mueve las pupilas, contempla los libros de colores, el tintero o las agujas del despertador, que se mueven incansables, pero no quedes con la mirada fija, te enloquecerías.

El viento, en la noche, bajo la luna, canta su mágica romanza. La melancolía de las pupilas ha invadido mi alma. Una angustia inefable me sofoca. Una horrible pregunta sube a mis labios, que no pueden articularla. Las ideas cruzan tan alocadamente que no consigo precisar ninguna. Siento deseos de romper todo lo que está a mi alcance, de llorar y de correr enloquecido hacia el poniente.

Es tan honda la angustia, que sobrepasa mi capacidad y desesperado rompo el espejo. Recobro la tranquilidad y pienso cómo me disculparé mañana.

UN GERMEN

A través de mi ventana ha llegado volando un "panadero". La semilla de cardo, rodeada de plumones que la aligeran, revolotea sobre el escritorio. Pasa y repasa bajo mi vista, incitándome a detenerla. Al fin, la tomo.

Partió una mañana de viento, con todas sus hermanas, a cumplir su incierto destino, dejando abandonada a la madre planta. Desde entonces, contra su voluntad, ha volado continuamente. Ahora, aprovecha el involuntario reposo para elevar a los dioses su plegaria ferviente. Agita, convulsiva, sus plumones, y su vocecilla destemplada y llorosa, implora:

—Señor, tú que reinas sobre todas las cosas y sobre todos los seres, haz que mi destino cambie. He sido largo tiempo juguete del viento. Volé, azotándome contra los obstáculos, sobre los campos y las ciudades. Vi muchas veces, al pasar, tierra fértil, donde hubiera podido desarrollarme; pero el viento implacable me arrastró. Señor, ya he visto mucho: los viejos y nudosos robles, que me saludaron al pasar, los gallardos álamos y los abatidos sauces. Señor, proporcionadme tierra fértil y agua abundante y prometo llegar a ser tan grande y fornida como los robles.

Irritado por esta súplica audaz, le digo:

-Tu destino miserable, el objeto del febricitante trabajo a que te dispones, es una deleznable planta de cardo.

Tal sería tu determinado fin, si no te tronchara en este instante.

La aplasté entre las uñas; pero los plumones quedaron erectos y cuando pasó una ráfaga, la semilla, estéril, rota, inútil, se fue volando, en apariencia igual a cuando entró.

UN ENCUENTRO INESPERADO

Iba delante de mí, con su esbelto talle ondulante y sus robustas caderas, moviéndose al compás de su paso menudo y vivo. El llamativo traje dejaba al descubierto dos bien contorneadas piernas, cuya carne irisaba las transparentes medias. Tenía, vista de atrás, todos los movimientos ágiles y cadenciosos de los animales jóvenes. Su rostro también debía ser atrayente, porque la mirada de los hombres adquiría a su paso un lúbrico destello.

Una vidriera atrajo su atención y se detuvo. Giró la cabeza para mirar un afiche, y su blanco perfil se destacó nítido sobre un negro vestido en exhibición.

La contempleé atónito. Me paré a su lado y la llamé, casi al oído:

-Catalina.

Tardó un instante en reconocerme, y asombrada, incrédula, gritó:

-Nicolás...

Estrechamos emocionados nuestras manos y permanecimos un rato silenciosos.

-Quién lo diría, exclamó al fin. Y qué cambiado estás.

-Tú, en cambio, burlas los años; al menos no te llevan el carmín de las mejillas.

Queriendo, en un gesto púdico, ocultar la pintura, se pasó rápidamente la mano por la cara. La bajó de nuevo bruscamente; diciendo:

-Inconvenientes del oficio, y contestando a mi gesto de incomprensión, agregó:

-Veo que continúas tan ingenuo como antes.

Recién entonces, relacioné el aspecto llamativo de su traje, el arreglo incitante de su cara, su porte despreocupado y exclamé simplemente:

-¡Ah!

Ella estalló en una larga carcajada, en una burlona carcajada, que no ocultaba del todo su amargura. Me tomó del brazo.

-¿Bajas, Nicolás?, preguntó cariñosa. Si quieres marcharemos juntos, como buenos amigos, como esposos honestos.

Esta suposición debió parecerle jocosa porque rió de nuevo.

Caminamos callados un rato; luego, me preguntó tímidamente:

-¿Te has casado, Nicolás?

Moví negativamente la cabeza. Ella, recobrando todo su aplomo, se burló despiadada:

-De manera que vives solo, como antes. Pues, hijito, eres un hongo irremediable.

-Catalina, le dije ceñudo, si hay alguna alegría en nuestro encuentro, no la disipes con tus burlas.

—No lo tomes tan a pecho. Estás trágico. Seguimos callados. Ella meditó en alta voz:

-Me parece haberte conocido ayer, y sin embargo, han pasado quince años. Es horrible, ¡quince años!

-Es una reflexión propia de la edad, la que haces, le dije. En aquel entonces no reflexionabas.

-Bah ¿qué quieres? Hay que variar. Además, he visto tanto. Mi vida agitada me ha hecho reflexiva.

-Siempre, en resumidas cuentas, son los años. Es así como enseñan. No en vano pasan.

Contrariada por mi terquedad, corrigió:

-No son los años los que enseñan; son los dolores, son las amarguras. Sábete eso, hongo misántropo. Odio los individuos tranquilos y honrados como tú.

-Creo que no vamos a caminar diez cuadras juntos, contesté.

Abandonó su gesto altanero y casi suplicante me dijo:

—No me dejes, Nicolás. Tengo deseos de conversar contigo. Invítame a cenar.

Debí hacer algún involuntario gesto, porque agregó:

-¿No quieres cenar conmigo? ¿Temes alterar tus honestas costumbres? La moral de tu persona seria, se ruborizará cenando conmigo?

-La moral detiene pocos actos míos, repuse.

-Eso crees, respondió, sonriendo enigmática.

Cenamos en una fonda, cerca del río, sobre el camino de automóviles al Tigre. Sobre la rústica mesa, dos plátanos coposos mecían su follaje. La soledad del lugar y la intimidad de la hora arrastraban a las mutuas confesiones.

Rió ella durante toda la comida, por los más fútiles pretextos. Bebió en abundancia, y, el rojo natural asomó tras el falso carmín. Al final de la cena, fue quedando paulatinamente seria.

-Discúlpame Nicolás, dijo, mientras tomaba el café. Estoy acostumbrada a simular, que sin quererlo parezco alegre. Si te molesté, perdóname.

Mientras limpiaban la mesa permaneció callada. Luego continuó:

-Recuerdo que antes te gustaba escribir. ¿Has publicado algún libro? Me gustaría leerlo.

-Nunca escribí otra cosa que mi diario, mis impresiones, y me extraña que lo conozcas.

-¿Y qué has hecho, en estos quince años?, preguntó.

-Debo confesarte que sólo traté, a medida que los vivía, de olvidar que los estaba viviendo. No he cambiado en nada.

—Yo tampoco he cambiado, dijo soñadora, recostándose en el respaldo de la silla y mirando la copa de los árboles. Soy la misma mocosa coqueta que se entregó a ti.

-¿Entregó, has dicho?, pregunté azorado.

—¿Y qué?, pensaste alguna vez que me habías conquistado?

—Eso creía y los remordimientos me pesaron largo tiempo.

-No eras vos, el que me hubiera hecho caer. A los dieciocho años ya er hábil y jugaba con los conquistadores. Los atraía, mirándolos, me vertía escuchando sus largos discursos, y cuando me creían perdidamente enamorada, me reía de ellos. Fue tu timidez, que creí desprecio, la que me ofendió al principio y me encaprichó después.

-Vivías enfrente, interrumpí, y tu precocidad me intimidaba. Con todo confieso haberte hecho la protagonista de muchos sueños.

-Confiesa además que te portaste al principio como un perfecto imbécil.

-No tanto, desde que algo conseguí, le dije con rabia.

Indiferente a mi enojo, ella se puso a evocar nuestros paseos; nuestras conversaciones, y terminó:

-Mi entusiasmo decayó poco a poco. No congeniábamos, y te dejé al año justo de conocernos, ¿recuerdas?

Luego continuó relatando su azarosa vida.

-¡Qué de hombres he conocido, Dios mío! ¡Qué estúpidos son!

Amargas ideas debieron asaltarla, porque alteró su gesto, se incorporó, me tomó de la manga y mirándome en los ojos, gritó:

-No hice nunca mal a nadie y, sin embargo, porque conozco sus secretos más ocultos, todos me desprecian, casi me odian. Ante mí, como ante Dios, se desnudan de cuerpo y alma, exhibiendo su miseria.

Altanera y dolorida a la vez, exclamó:

-Si pudieras ver a los hombres cuando, olvidados de su vergüenza y de sus farsas, muestran la común simpleza de su instinto, comprenderías por qué tan cerca de Dios me siento.

-Tenías razón, le dije, eres la misma mocosa coqueta. Me miró de una extraña manera, se levantó y salimos caminando en silencio.

ENSUEÑO

Desde mi encuentro con Catalina, estoy algo nervioso. Tengo sueños ridículos, desvarío con frecuencia y me distraigo.

Encontré hoy, en el fondo de un cajón, un grueso cristal de prusiato rojo, que usé, hace tiempo, en la compostura de una pila. Es aproximadamente cúbico, con estrías simétricas, verticales, cruzadas por otras diagonales y caprichosas. En algunas de sus caras planas se reflejan las paredes color crema de mi cuarto y los papeles del escritorio. La luz, al incidir en las aristas, en las caras y en las estrías, se refleja y refracta en las mil gamas del rojo.

Juego con el cristal, moviéndolo en mi mano, y los brillantes puntos luminosos danzan rápidamente. Detengo el movimiento de mis dedos, pero el cristal, agitado por una fuerza desconocida, continúa girando. Después, moviéndose siempre, comienza a multiplicarse, a crecer. Danzan los colores silenciosos, se agrandan y chocan, chispean en constante aumento. Su estructura complicada y policroma, se ordena; adquieren una simetría extraña y se inmovilizan. Una luz suave emerge del interior. Los perfiles adquieren contornos nítidos, los relieves se destacan y moldean, los coloridos, se agrupan y lo difuso adquiere los contrastes nítidos de lo real. Lo vago y sobrenatural ha desaparecido.

Es una estancia morisca, alumbrada por una luz mortecina de sugerencias carnales aterradoras. Las paredes están recubiertas de azulejos, que forman con sus múltiples colores complicadas figuras geométricas; grandes arcos trebolados, que apoyan en delgadas columnas, sostienen las gruesas y obscuras vigas cruzadas del techo. Un cortinado de raso luminoso y crujiente, oculta en el fondo, una estrecha puerta. En el centro hay una pile-

ta de blanco mármol, donde su cuerpo, de ondulaciones gráciles y rítmicas, se estremece al contacto tibio del agua.

Sus pequeños pechos palpitantes, sus grandes ojos azules sonrientes, sus rojos labios, que se mueven como si cantaran una dulce canción silenciosa, su blanca piel que refleja la mortecina luz y sus puras líneas, que se mueven sin ángulos, llenan el alma, en su inefable belleza, de mística unción contemplativa.

Juega en el agua y el agua ríe, y alborozada se despedaza en gotas. Se sumerge y afecta contorsiones ágiles de delfín. Luego, queda deliciosamente quieta. Se para, levanta con su pequeña mano un poco de agua, y la deja correr sobre sus hombros y sobre su pecho.

De pie sobre el almorrefa, alisa sus cabellos. Se tiende sobre la reluciente seda de los almohadones; mira sus torneados brazos; mueve despacio sus piernas recogidas y queda con la mirada vaga, bajo el encanto amoroso de su carne tibia.

La quietud parece que la enerva. Alza sus brazos, abre su peña boca y tiembla suplicante.

Su cálido aliento, la proximidad de sus brazos, la tentación de sus perlados dientecillos y las sugerencias de la rojiza luz mortecina, contraen en un espasmo doloroso mis músculos y mis nervios.

Las tentaciones carnales, han penetrado en mi alma. Por una ventana en forma de estrella, a través de la cual Alderaban titila, se cuela una racha de viento. Sus carnes se erizan, los colores giran de nuevo, el quinqué suspira, se apaga y la visión desaparece.

Me despierto sentado en mi escritorio, en la mano el grueso cristal de prusiato rojo, al que miro anheloso, esperando de nuevo la visión, que no se repite y que no se repetirá más.

UN SATÁNICO DESEO

Llueve incesantemente desde hace dos días. El cielo brumoso, donde las nubes se deslizan monótonas entre las nubes, la humedad del aire y la llovizna, que araña suave e insistentemente los cristales, han irritado mis nervios.

Sentado en mi cuarto, fumando en mi buena pipa, escucho con inmotivada irritación, las órdenes que a la sirvienta da la diligente patrona.

-Ramona, ¿cerró las ventanas de la sala? Ramona, ¿sacó las ropas colgadas en el corredor? Ramona, cierre bien todas las puertas que se levantará viento.

El día gris ha llenado mi espíritu de un malévolo deseo, de un incontenible deseo de hacer mal. Desearía infundir a la diligente patrona, que con sus cuidados me domina, un temor absorbente que conmoviera su tranquilo espíritu.

Me deleito pensando en ello, mientras lanzo al aire grandes bocanadas de humo.

Viene a saludarme y la detengo con preguntas indiferentes; luego le digo:

-Tiene Ud., doña Petrona, un alma sencilla. Ud. no habrá sufrido mucho.

Ella hace un gesto indefinido. No lo ha pensado nunca y mi reflexión la sorprende. El sufrimiento es para ella una palabra sin sentido; acepta los acontecimientos tal como se presentan, sin una queja, resignada a lo que escapa a su inmediato poder.

—Realmente, no me he dado cuenta de haber sufrido. Lloré mucho cuando murió mi marido, que en paz descanse, y mucho más todavía cuando perdí mis dos hijos, pero al fin y al cabo todos debemos morir.

-¿Y su hija?, pregunto con siniestra intención.

-¡La canalla! Se fugó de casa a los veinte años. Tuve el trabajo de criarla y educarla, y cuando hubiera podido ayudarme en los quehaceres, se fugó la desagradecida.

El recuerdo de su hija, la indigna siempre. Calcula todas las cosas en que hubiera podido ayudarla, repasa minuciosa las tareas de la casa y se pierde en detalles explicativos.

Como sé que aún conserva el orgullo de su belleza pretérita, intento el ataque por ese flanco débil y mirándola fijamente, le digo:

—Ud. debió de ser muy linda en su juventud, doña Petrona.

Me mira sorprendida y desconfiada; pero la vanidad la pierde.

—Ya lo creo, don Nicolás. Mi difunto marido, que en paz descanse, anduvo tras de mí como loco y no era un cualquiera, contesta comadrona, mientras piensa que si fuera como entonces, yo también andaría cortejándola.

—Bueno, pero hace mucho de eso, dígole avieso.

-No tanto, don Nicolás.

-Pero si Ud. misma ha dicho el otro día, que habían pasado treinta años.

-Sí, es cierto. Pero, a veces ni lo creo.

Ya tengo material para hilar la tela. He conseguido juntar en una sola, la idea del pasado y del presente.

-¿No sabe Ud. lo que significan treinta años?, le digo. Dentro de otros treinta que pasarán tan rápidamente como los anteriores, Ud. habrá muerto y su calavera servirá para que estudie algún muchacho bromista, que le pondrá cucuruchos de papel en los huecos de los ojos. Penderá de un hilo, y al sacudirse, sus huesos chocarán, asustando a los chicuelos.

Esta visión le espanta.

-No diga eso, don Nicolás.

-¿Prefiere podrirse en un cajón esperando que los gusanos le roan el cerebro?

-¿Por qué dice que dentro de treinta años? ¿No podré vivir más? Yo soy muy sana.

-¿Qué sabe Ud.? Le pongo un plazo largo. La muerte nos acecha siempre; está cerca de nosotros en todos lados, quizá ya esté en la casa.

—Mira recelosa el obscuro corredor y se adentra en el cuarto.

-Ayer vi volar una lechuza, le digo. Es mal agüero.

-La vi, pero hay un enfermo al lado y vendrá por él, pobrecito, dice con el íntimo deseo de no equivocarse.

Mi satánica intención se va realizando, cuando la criada que sube, grita:

-Señora, la puerta de la sala estaba abierta y se ha mojado toda la alfombra.

Olvidada de sus temores, indiferente a la obscuridad del corredor, sale rápida, protestando:

—Ramona, mujer infeliz, cómo no se fijó antes.

EFECTO PRIMAVERAL

Un rayo de sol penetra por la ventana y se solaza en la blancura de mis libros y de mis papeles. Por contraste, el recinto de la oficina parece más obscuro y triste.

La armoniosa sensación de belleza que produce la luz recortando los perfiles, los rayos proyectando las molduras y dorando los granos de polvo y las nubes deslizándose silenciosas en el estrecho pedazo de cielo que contemplo, repercuten dolorosamente en mi espíritu, angustiado hoy sin razón aparente.

Allá lejos, por sobre los techos que me circundan, están los campos abiertos, los horizontes amplios y la naturaleza que ríe, en esta hermosa floración primaveral. Los caminos se abren para todas las rutas. Se extienden, ágiles y serpenteantes, hasta el infinito. Atraviesan los simétricos sembrados y a través de las obscuras y húmedas ciudades, llegan al mar, al mar alegre, bullicioso, plagado de manchas blancas que saltan y murmuran.

Me asalta un poderoso deseo de huir del infecto local, que me comprime y me sofoca, de saltar por los campos, abiertos y fraternales, de ir por los caminos, despreocupado, recitando canciones sencillas.

-Yo he nacido vagabundo, me digo. Quiero conocer el desierto estéril y la montaña augusta. Quiero mudar eternamente, variar a cada instante. Quiero modificar mi vida monótona y estúpida, aferrada al mismo lugar. Quiero vivir.

Mi jefe, sentado en un obscuro rincón, me llama y me dice:

—Observo, amigo mío, que Ud. dedica poca atención a su trabajo. No es Ud. un niño y no puedo reconvenirle; pero le ruego se dedique con más cariño a su tarea, sencilla por otra parte. Todo lo que Ud. no hace, debe

hacerlo otro y eso no es justo. Cada cual debe cumplir el deber que le corresponde.

Esta tranquila y justa reconvención me obliga a dedicarme por entero a mi labor, llenando planillas con nombres y números.

El rayo de sol, ríe burlón en un ángulo del escritorio. Salgo de la oficina, con todos mis compañeros. En la calle, llena de aire y luz, respiro a pleno pulmón. El sol, próximo a ocultarse, destaca al final de la calle, su disco rojo y desforme. Sus rayos amarillos, tibios, proyectan sombras ridiculamente alargadas. La mía, que llega hasta la bocacalle cercana, se descompagina en gestos agudos y macabros, cuando saludo al jefe que pasa.

Avanzo calle arriba. El aire fresco hace más agradable el leve calorcillo que siento en las espaldas. Mi sombra, siempre delante de mí, acorta o alarga sus piernas, carentes de articulaciones, al compás de mi paso. Inicio una conversación y la sombra permanece muda, preocupada tal vez por el trabajo de recorrer minuciosa y exactamente, todos los relieves y obstáculos del camino. Un automóvil intenta aplastar su cabeza, pero ella, con impensada agilidad, se encarama sobre la carrocería para posarse de nuevo, pasado el peligro. Este accidente me divierte. Apresuro el paso y cubro a una joven que avanza, como yo. Este contacto inmaterial me enardece. Me acerco aún más; todo su cuerpo está cubierto por el mío. Hace un movimiento de hombros, como si le hubiera molestado mi sombrío dominio. Me detengo y ella; al avanzar, recorre toda la extensión de mi cuerpo y huye del cerebro como una idea.

Llego a una plaza llena de automóviles y tranvías. Me siento en un banco, al lado de dos chauffeurs que cuentan las ganancias de la tarde.

La noche ha caído ya y la obscuridad, destaca el hall iluminado de un cinematógrafo y el nublado ambiente de un café. Por las aceras transita una muchedumbre heterogénea. Hombres y mujeres se sonríen, se miran, y siguen caminando. Todos van tranquilos; unos despacio, otros con premura. Son todos tan iguales entre sí, que es casi imposible individualizarlos. Parecen muñecos hechos con molde, limados y retocados para que sean idénticos. Caminan en la misma forma, con el mismo interés miran un afiche atractivo, con la misma sonrisa se saludan. Son muñecos aburridos, graves, vestidos de riguroso gris. Son, como yo, sencillos, simples, estúpidos, que avanzan sin rumbo fijo; con un solo fin bien determinado: la muerte. Siento hacia ellos, hacia todo el triste rebaño humano, una piadosa compasión.

Me levanto, cruzo de acera, me confundo con la muchedumbre y mi personalidad se esfuma. Soy otro más, digno de lástima.

LA RULETA INÚTIL

Estoy enfermo. Pasé el día acostado y vi desfilar las horas monótonas. A la mañana, el sol entraba por la puerta, luego se fue retirando, y a la oración alumbró un rato la ventana. Después, la obscuridad lo fue invadiendo todo. Los pensionistas cenaron y ahora duermen.

La laxitud de mi cuerpo y la tristeza me abruman en consideraciones sobre el día perdido. Pienso que la vida humana dura alrededor de veinte mil días y que tal es el único capital que nos da el destino. Lo derrochamos locamente, lo desperdiciamos como tontos, no aprovechamos un solo peso del irrenovable capital y después lloramos.

Hay fuera un frío glacial. El silencio y la obscuridad me rodean. Sólo se oye el bombeo poderoso de mi pobre corazón, que trabaja incansable. Comenzó a latir antes de nacer, latirá hasta el último instante. ¿Merezco yo tanta constancia?

Mis oídos zumban, en un desesperado campanilleo. El viento silba fuera y voltea una chapa de cinc. Me arrebozo aún más con las cobijas. Escucho una larga pitada lejana y, casi imperceptible, el resoplido de la locomotora. Debe de ser un tren que parte, porque el ruido se aleja en la noche.

Adormezco en un sopor profundo. Debo de tener algo de fiebre; mi frente arde.

En el reloj del hospital, suenan las dos. El ritmo de mi corazón parece apresurarse. Pienso en mi juventud, en mi viva entera, y veo todos mis años como números de una enorme, ruleta que gira en vano, inútilmente. Después, el campanilleo de mis oídos me aturde, me enloquece.

EPÍLOGO DEL COPILADOR

La neumonía le fue fatal. Recogí piadosamente sus últimas palabras que, despojadas de la incoherencia de la fiebre fueron estas:

-Nunca tuve una fe definida; un ideal preciso y poderoso. Ni la esperanza de algo irrealizable, ni la ilusión de un imposible conturbaron nunca mi espíritu. No luché por una idea grande, no me propuse realizar ninguna obra extraordinaria. Mi timidez, los prejuicios y las costumbres, detuvieron mis actos y hasta mis pensamientos. No hice más que vivir, ir pasando mis días, ir satisfaciendo mis necesidades inmediatas, como las vacas que rumian en medio de los campos. Tuve ilusiones, ideales, amores, ensueños, pero todo reducido, pequeño, miserable. Yo soy el carnero tipo del rebaño. Soy el promedio humano.

Y con toda su amargura, se hundió en el misterio de la nada, una tarde de invierno. Deseo, para su felicidad de ultratumba, que no tenga un alma inmortal.

R. S. O.

LAS CUCARACHAS

Trabajaba su padre, inclinado sobre sus papeles, cuando Eugenio Malavar entró a verlo. Levantó levemente la cabeza, lo miró de reojo y continuó escribiendo. Imaginaba el objeto de su visita. Su hijo lo tenía bastante desilusionado. Era un mal estudiante y sus frecuentes malas notas, no lo afectaban en lo más mínimo. Seguramente vendría, como de costumbre, a pedirle dinero, y simuló no darse cuenta de su presencia. Eugenio quedó en pie un largo rato y viendo que su padre continuaba imperturbable, le dijo:

—Veo, papá que estás muy ocupado. Siendo así no te molestaré.

Hizo ademán de irse. Su padre, con la brevedad de una persona que no quiere perder tiempo, le preguntó:

—¿Cuánto necesitas?

—No venía a pedirte dinero.

Dejó la pluma, se sacó los anteojos, y lo miró con incredulidad.

—Quería hablar contigo de cosas serias, pero mejor será dejarlo para otra ocasión, agregó Eugenio.

Eugenio Malavar, padre, socio principal de la firma "Malavar y compañía", hombre trabajador, pero sencillo, no había comprendido nunca a su hijo. Ese muchacho, que defendía con firmeza todos sus actos, aun los malos, que emprendía las más curiosas empresas, con una tenacidad y constancia ejemplar, confundía su espíritu simple. No obstante el respeto con que lo trataba, no consiguió desviarle nunca una sola decisión.

—Me extraña que pienses hablar de cosas serias. Casi no te creo.

—Si empiezas no creyéndome, es mejor que no perdamos tiempo.

-No, hijo, es una manera de decir. Siéntate y dime qué te pasa, le contestó afable.

Acercó una silla, se acomodó a su lado y le dijo:

-Papá, estoy dispuesto a cambiar. He vivido hasta ahora engañándome, no emprendiendo nada serio. Desde ahora me dedicaré a algo útil.

-No esperaba nada mejor de tu sensatez.

-Pero, como no quiero perder el tiempo, he decidido dejar de estudiar.

Por más acostumbrado que estuviera, a las determinaciones bruscas de su hijo, ésta sobrepasaba ya los límites de lo aceptable.

-Tú te propasas, Eugenio, le dijo.

Este contestó tranquilo:

—Lo he meditado mucho, papá, antes de verte. Pero ahora estoy decidido.

Tuvo una reconvención en los labios, pero la calló. Sabía que era inútil.

—Posiblemente, no has meditado bien, optó por decirle, y no has tenido en cuenta los inconvenientes, que pueda acarrearte y sobre todo los enormes beneficios que perderás. Una carrera, hijo mío, es una gran ayuda en la lucha por la vida. En cualquier negocio a que te dediques, el título no te molestará, al contrario será una ayuda, sin contar que en la vida social... Notó que ya sin razones, caía en la vulgaridad y contrariado terminó:

-Pero, ¿tú has meditado bien?

Eugenio escuchaba tranquilo, mirando a su padre con ligerísima sonrisa. Era un muchacho menudo. Tendría diez y ocho años, pero representaba quince. Había, sin embargo, en el corte de la cara, en su mirada escrutadora y en su mandíbula potente, claramente determinado un carácter firme.

—Padre, díjole bruscamente, a mí no me importa un bledo de la geografía, ni de la historia, ni de las matemáticas, ni de la moral cívica. Pierdo el tiempo en el colegio, como un imbécil y si quieres que te diga la verdad, considero haber aprendido más, muchísimo más, durante las rabonas, que tanto te indignaban, que en las clases, donde me duermo.

-Lo que dices es cosa de muchachos, protestó suavemente.

-Ya no soy un chico, papá. ¿Hasta cuándo seguirás creyendo que soy un bebé? Dentro de poco cumpliré veinte años y creo que es una edad en que pueden calcularse los propios intereses.

—Bueno, no vayas a retarme por eso.

-Mira, papá, los conocimientos que a la fuerza debo aprender en el colegio, los olvido de inmediato. No he tenido, curiosidad al adquirirlos y no tengo interés en conservarlos. ¿Crees tú que yo recuerdo un solo río, una sola montaña, una sola cifra de la geografía? ¿Que el estudio de la psicología me enseñó algo? ¿Que recuerdo, siquiera una sola de sus pesadas definiciones? La historia hizo bailar delante de mí, unos deslucidos acontecimientos y unas fechas; yo lo aprendí todo, lo hice, a mi vez, bailar delante de los profesores y en paz. ¿Crees que eso puede servir de algo? Desengáñate. Tú, quizá, porque nunca has estudiado, no te das cuenta de la farsa cruel, de la perfecta inutilidad de los estudios adquiridos sin curiosidad.

Malavar, que veía hablar a su hijo, acalorado, se complacía escuchándolo. Para mantener el prestigio de su autoridad, le dijo:

-Tú debes exagerar. Como dices, nunca estudié, por desgracia, más que las primeras letras; pero tanta gente inteligente se ha dedicado a la enseñanza y a perfeccionar sus métodos, que no puedo admitir esa inutilidad que intentas describir.

Quedó visiblemente satisfecho de la importancia de sus objeciones.

—Padre, tienes razón en lo que dices y no te discutiré; yo te habló desde mi punto de vista personal. Los estudios son, para mí, en absoluto inútiles; me aburren y me hastían. Trataré de explicarme. Hay períodos de la historia que conozco a fondo, son los que conocí en las novelas. Hay partes del mundo donde sé, cómo piensa y cómo vive la gente; lo aprendí durante las rabonas, conversando en el puerto con los marineros, con los pescadores y con los atorrantes. Tengo cierta idea del juego de las pasiones, cierto conocimiento íntimo de mis compañeros y por analogía de todas las personas que me rodean; lo aprendí jugando al truco y al billar, en un sucio café. Haz un esfuerzo por comprenderme, padre. Piensa tú mismo, que eres hábil para tus negocios, si se puede aprender a conocer a los clientes, su complicada psicología y a manejar los diversos intereses conteniendo la avaricia de los socios, en un libro, por bien escrito que esté.

Este último argumento venció definitivamente a Malavar. Su muchacho tenía razón; no debía perder el tiempo en estudios inútiles. Además,

descubría en él un nuevo y brillante colaborador de confianza. Su inteligencia despierta, como nunca lo pensó, unida a su carácter firme, harían de él un gerente inmejorable. Lamentaba no haberse dado cuenta antes y haber desperdiciado tanto tiempo su preciosa colaboración.

-Bueno, hijo, dejarás de estudiar, le dijo. Desde mañana comenzarás a trabajar conmigo y cuando estés práctico...

Se interrumpió, porque su hijo hizo un gesto negativo.

—No padre, yo no te ayudaré. No voy a dedicarme a los negocios.

—Eso es el colmo. ¡De manera que piensas vivir de vago! exclamó Malavar, enojado.

-Pienso trabajar en serio, te he dicho; pero no me dedicaré a los negocios.

Las fugaces ilusiones de Malavar se destruían. Su hijo no serviría nunca para nada.

-¿Quieres decirme, entonces, qué tonteras piensas hacer?

—Desde ahora, me dedicaré al estudio de las cucarachas, contestó tranquilo.

Don Eugenio pegó un salto y lanzó una carcajada.

-¿Al estudio de las cucarachas? Eso es ridículo, sencillamente ridículo.

-Sin embargo, a ello me dedicaré, contestó secamente, ofendido por las risas.

Se miraron un instante padre e hijo. Después, convencido de la inutilidad práctica de su hijo, viendo que su único objeto definido era el abandono de los estudios y cansado de luchar contra su rebelde carácter le dijo:

—Aunque es ridículo, haz lo que te parezca. Estoy harto de tí. Dedícate al estudio de las cucarachas, de las hormigas, de las moscas o de lo que quieras. Lo único que te pido, es que no hagas a la cocinera colaboradora de tales estudios.

II

Desde ese día, Eugenio Malavar, hijo, indiferente a las bromas de los amigos, a las burlas de su padre y a las sonrisas contenidas de los sirvientes, se dedicó, con todo el ahinco de su voluntad y con toda la tenaz constancia que lo caracterizaba, al estudio de las cucarachas. Esta ocupación sencilla llenó por completo su capacidad de trabajo y su incansable actividad.

Arrancó a los viajeros amigos y a los marinos, la promesa de enviarle ejemplares de los diversos países; escribió a todos los museos del mundo solicitando informes y pidió libros a todos los editores.

Sus preocupaciones giraron en todo momento, alrededor de la humilde familia de los blátidos, insectos ortópteros del grupo de las correderas. Comparó, minuciosamente, las diferentes especies, que buscan, en su común y sabio instinto, el calor amable de los hogares y sobre todo de las cocinas. Notó la igualdad de las alas en ambos sexos, en los individuos de la especie Blatta, traídos de los más apartados países: la Blatta Germánica y la Blatta Laponis. Estudió la producción del sonido particular de la Blabera gigantesca, la enorme cucaracha de las Américas ecuatoriales, y llegó a interesantes conclusiones. Deseando descubrir la causa, la substancia que produce el olor característico de toda la familia, trató de aislarla. Se dedicó a la química y analizó muchas veces el cuerpo machacado de las cucarachas. Sus esfuerzos fueron estériles. Se disculpaba, citando la inutilidad de los esfuerzos realizados, para aislar la substancia, que produce el olor particular de las diversas razas humanas.

Preocupado por los antecedentes, por el árbol genealógico de sus fecundas pupilas, se enfrascó, en largas búsquedas paleontológicas y halló antecesores, en el período carbonífero y en el pérmico, del género Blattina.

Después, se dedicó a observar sus costumbres. Descubrió que la luz roja no asustaba a esos tímidos seres, y muchas veces le sorprendió el alba, echado sobre el suelo, observando a la rojiza luz, el ataque a un pedazo de pan. Conoció sus alimentos favoritos y la irresistible atracción que sobre ellas ejercen la harina, el azúcar y las frutas. Supo cómo gustan de la cerveza azucarada, cuyo aromático olor las atrae de lejos.

Encontraba en la observación minuciosa y perseverante, un deleite desconocido hasta entonces. Sus pequeños descubrimientos, le proporcionaban un placer intenso.

A fuerza de vivir entre ellas se fue encariñando. Conocía sus cuevas, muchas con tapas de vidrio, fabricadas por él; sabía el número de individuos de cada una y cuidaba temeroso las nuevas generaciones. Amaba sobre todas, a las pequeñas y hermosas Blattas Germánicas, cuyo color leonado manchado de negro las distinguía rápidamente. La voracidad de esas pequeñas cucarachas le encantaba y cómo además del papel y del cuero atacaban la tinta de escribir, él las llamaba: mis pequeñas intelectuales.

No obstante el cariño y el cuidado de que las rodeaba, las cucarachas continuaban huyéndole, temerosas y desconfiadas. Trató por todos los medios de hacerse querer; pero sus esfuerzos se estrellaron contra el instinto tímido de los indefensos insectos.

Ante la inutilidad de sus esfuerzos, su indómito carácter comenzó a resentirse. Con oculto rencor ensayó el efecto de los (hVersos venenos conocidos: la cerveza con arsénico, el ácido sulfúrico, el agua con alumbre, el petróleo, el bicarbonato y el ácido bórico. Utilizando el conocimiento sobre sus gustos, combinó otros más eficaces aún. No pudiendo hacerse querer, quiso que lo temieran y trabajó en ese sentido, descubriendo un veneno activísimo, cuyo agradable olor las atraía en gran número. Pero las cucarachas continuaban indiferentes y tímidas, como siempre. Poseído de un odio intenso contra estos individuos insensibles, comenzó a perseguirlos tenazmente. Destruyó sus colonias, sus pueblos laboriosamente trazados y el número de cucarachas disminuyó. El último veneno era de una eficacia sorprendente y pronto la última cucaracha, una pequeña Blatta, aterrorizada por la catástrole, murió convulsiva.

La desaparición de sus pupilas no calmó su irritado ánimo. La amargura del fracaso, inaceptable en su temperamento, se transformaba en un odio profundo contra la cucaracha, contra todos los insectos. Hubiera deseado destruirlos todos, hacer desaparecer de la faz de la tierra todas las especies, género y familias. Eugenio Malavar, hijo, no se contentaba con desear, necesitaba obrar y en cooperación con su padre, cuya tenaz oposición debió vencer, fundó una fábrica de insecticidas. Era lo único para lo cual se encontraba capacitado.

Mal orientada la fábrica, comenzó a declinar. Sus gastos eran excesivos y los productos no se vendían. Se cumplía en todas sus líneas el agorero pronóstico del padre:

-Tú no sirves para los negocios, le había dicho. Me harás perder plata. ¿Por qué no te dedicas a estudiar las moscas? Sería un pasatiempo más barato.

Pero los obstáculos del comienzo no avasallaron su espíritu.

-Esto marchará bien, dijo un día. Y en adelante se preocupó a fondo de los negocios.

Organizó la fabricación y la contabilidad; emprendió una campaña de publicidad y bien encaminada, la fábrica prosperó.

Estimulado por esta prosperidad, que veía como una recompensa de su trabajo, se dedicó con más ahinco a su dirección. El aumento de las ventas hizo necesaria la ampliación de la fábrica. Aumentó el número de obreros, construyó nuevos locales y comenzó la elaboración de nuevos subproductos. La regularidad y precisión con que funcionaban las diversas dependencias, bajo el dominio de su voluntad, le llenaba de satisfacción. Comenzaron a gustarle los negocios y la industria, porque retribuían de inmediato el cariño y la atención que se les dedicaba. Emprendió nuevas y arriesgadas empresas y su actividad, encontró allí un campo propicio para su desarrollo.

III

Cuando el número de fábricas no le permitió atenderlas personalmente, se dedicó a buscar hombres que pudieran reemplazarlo, demostrando en la elección un acierto y una sagacidad incomparables.

Multiplicó rápidamente sus actividades, explotando todas las industrias posibles. No dejó una sola materia sin manufacturar y no desperdició un solo residuo.

Murió su padre, que había juzgado sus primeras empresas como juveniles extravagancias, cuando su habilidad era ya proverbial. Encontrándose

entonces demasiado aislado, decidió casarse y lo hizo en la misma forma decisiva. Gustaba de la hija de uno de sus administradores. No cambió con ella dos palabras, pero estudió sus gustos, sus inclinaciones y cuando estuvo seguro del acierto, le dijo:

-¿Quiere Ud. casarse conmigo?

Y se casaron.

Algunos años después, casi no había una compañía, una sociedad, de la cual no formara parte como accionista principal. Extendió sus negocios por fuera de su patria, dándoles así un carácter internacional. La experiencia acumulada, unida a sus naturales condiciones, aumentaron su habilidad. Supo sacar provecho de las épocas malas y de las buenas, de la abundancia y de la pobreza. Jugó siempre al alza y a la baja.

Pasó la edad madura en plena actividad y entró a la ancianidad, sin que disminuyeran sus extraordinarias facultades.

Ya en el ocaso de su vida, mantenía íntegras sus energías y cuando los habitantes veían pasar, sumergido en el fondo de su enorme automóvil, al menudo viejo, a quien los años habían empequeñecido aún más, se descubrían, intimidados por la desproporción entre el hombre y la obra.

Fue un hombre de acción en todo momento. La reflexión le desvió muchas veces del camino trazado, pero no consiguió detenerlo nunca. Tuvo una visión amplia y certera. Conoció a los hombres y jugó con ellos, considerándolos como elementos indispensables de sus negocios, como resortes de una enorme máquina de la cual era el maquinista. Fue uno de los verdaderos reyes del mundo.

rv

Esa noche, que debía ser la última que pasara en pie, llegó algo cansado del banquete con que sus colaboradores celebraron el aniversario de la fundación de la primera fábrica. Entró a su escritorio, donde los escasos libros ponían una nota severa, y acercándose al fuego, se puso a meditar, por primera vez en su vida, sobre los acontecimientos pasados.

Revivió sus horas de infancia, sus vagabundas rabonas, sus paseos al sol y los largos aburrimientos del colegio. Le extrañaba la claridad con que recordaba hechos tan viejos y se sorprendía de que su memoria hubiera podido guardar, con tanto detalle, los más nimios acontecimientos de su infancia. Recordó con cariño sus cucarachas y las largas noches que pasó observándolas. Sacó, del fondo de un cajón, una libreta de hojas amarillentas, y hojeó emocionado sus anotaciones. El resto de su vida, el más agitado, el más intenso, se le apareció monótono. Sus atrevidas especulaciones, sus enormes fábricas, sus monstruosos negocios, todo le pareció deslucido, menos importante que el tiempo que pasó entre ellas. Tuvo la clara impresión de que era ese el acontecimiento más importante de su vida, del cual se había valido el destino para alejarlo de los estudios y, apartándolo de la reducida vida común, encauzarlo en la verdadera ruta, para la que estaba hecho. Y de pronto, la idea de que su voluntad había sido una ficción, un juguete del destino, un simple instrumento de ordenación para el progreso, le disgustó.

Al día siguiente, este hombre gigante, moría de una fluxión al pecho. Sus últimas palabras, que los diarios comentaron en diversos sentidos, fueron éstas:

-La voluntad del hombre es un juguete del destino.

LA VISIÓN

Cumplía, en la estancia de su padre, la prescripción médica.

-Vayase al campo, le habían dicho. No estudie, no piense, haga ejercicio y coma mucho.

Hacía ya quince días que llevaba una vida sana y metódica y su salud mejoraba visiblemente. No veía los puntos luminosos que tanto le habían fastidiado, tenía apetito; dormía con un sueño reparador y sus nervios iban despertando de la profunda atonía en que lo había sumido la anemia.

Rehuyó desde un principio toda compañía. Le agradaba internarse solo en la espesa selva, dejando vagar libremente sus pensamientos. Se levantaba temprano, comía un churrasco, asado sobre las brasas, y poniendo en su morral un pedazo de carne y algunas conservas, se internaba en los inmensos potreros, con el winchester bajo el brazo. Durante los primeros días había tratado de cobrar alguna pieza; pero no tenía condiciones de Nemrod. Sus ojos cansados percibían tarde el pasar veloz de los virachos y no alcanzaban a descubrir los lobos ocultos en el agua, al borde de los arroyos. Los zorros, con su confianza audaz, le desconcertaban. Eran los únicos bichos que veía en el monte y aunque tuvo muchos a mano, no consiguió matar ninguno. Se paraban cerca, mirándolo entre curiosos y desafiantes, y cuando levantaba el fusil, se alejaban al trotecito, sin dar vuelta la cabeza para ver al enemigo, despreciándolo.

Su palidez enfermiza, que se destacaba entre aquellos rostros curtidos; sus salidas a pie, en el país de los centauros; las largas horas que pasaba limpiando el inútil fusil, con el cual no había disparado un solo tiro y el desgano de todos sus actos, confundían a los peones.

-Es un hombre de la ciudad, se decían como explicación.

Era ya el mediodía, cuando llegó a una isleta de guayabos de fresca sombra, para preparar su comida. Había caminado mucho esa mañana y estaba cansado.

El sol caía a plomo y su luz intensa llenaba hasta las sombras de reverberaciones violáceas. Había en el aire y en la naturaleza una pesada modorra, una quietud extraña. Las hojas de los árboles estaban inmóviles y el agua del arroyo, sin una onda, cegaba, al reflejar el fulgurante brillo del sol. Todo estaba silencioso; ni un solo pájaro piaba, no chillaba una chicharra. La exuberancia de luz y de color contrastaba con la quietud y el silencio, como si en plena vida la muerte lo hubiera inmovilizado todo.

El letargo de la naturaleza le invadió a su vez. El sopor y el desgano le impidieron hacer un solo gesto, cuando al extremo de la isleta vio aparecer tres extraños seres. Los veía acercarse sin sorpresa, como si los hubiera esperado, deslizándose en silencio entre los rectos troncos de los guayabos. Mientras avanzaban los iba examinando. Uno de ellos era un hombre joven, pálido y muy parecido a él. Este parecido no le sorprendió mucho más que el extravagante aspecto de los otros dos. El uno era alto y fornido. Inculta y abundante barba cubría su rostro. Su recia musculatura dibujaba en su ruda epidermis ondulantes relieves. Vestía su desnudez con una piel oscura, que le cubría sólo la cintura y las caderas. El otro, casi no era un hombre. Su cabeza descomunal, descansaba sobre dos débiles pierneci-Uas, que temblaban bajo el enorme peso, y que apenas le permitían marchar tambaleándose. Era un grotesco gnomo cabezudo. Se sentaron silenciosos frente a él que, ni medroso ni sorprendido, les miraba displicente.

Quedaron largo rato frente a frente, y cuando vio aparecer sobre sus testas unas formas confusas y grisáceas, se puso a leer, tranquilamente, como en un libro, los pensamientos de los extraños personajes.

—Mi dolor, pensaba el hombre gigantesco, este dolor que siento en lo profundo de mi pecho, terminará conmigo. Mi hora está cercana. Dentro de poco, mis huesos blanquearán al aire, como blanquean ya los de mi padre y los del padre de mi padre. Me voy cuando la vida comienza a ser fácil y feliz. Hemos terminado la caverna, que ahora es cómoda y segura; la gruesa piedra, que con su gran trabajo hemos colocado, impidiendo la entrada de las fieras, permitirá un reposo tranquilo. Tenemos buenas armas de hierro, el fuego es fácil de encender. ¡Qué deliciosos días pasarán los hijos de mis hijos! Encontrarán, cuando vengan, todo terminado y defendido. Serán felices. Gozarán de la molicie. Estarán libres de la inquietud del acecho. Después...

No consiguió leer más, porque las palabras salían confundidas, borrosas, sin sentido.

El pensamiento del ser deforme y cabezudo se condensaba en escasas palabras, cuyo sentido no comprendió al pronto. Sólo consiguió descifrar el significado de una de ellas, que desarrollado era el siguiente:

—Eran hombres sencillos, de reducida imaginación, de alegría y entusiasmos fáciles; rudos y laboriosos llevaban una existencia activa y eran felices en su miseria. Vivían en casas geométricamente cúbicas, alineadas y seguramente húmedas. Sabemos muy poco sobre ellos, porque desgraciadamente quedan escasos restos. Grababan su pensamiento y la descripción de sus costumbres sobre delgadas láminas, hechas con resto de trapos y con madera desmenuzada, valiéndose de pequeñas puntas de acero, que mojaban en líquidos coloreados. La mayoría de las obras, compuestas con tan viles elementos, se han perdido. Sin embargo, se deduce que la dificultad de grabar sus ideas y la carencia de términos apropiados les obligaban a usar largos circunloquios y a escribir volúmenes enteros, para expresar ideas que nosotros trasmitimos con una sola palabra. Sus monumentos no fueron más duraderos. Las pirámides elevadas al borde del Nilo, de las que aún quedan algunos restos, parecen haber sido construidas con mucha anterioridad, a las obras monumentales que describen en sus libros; pero construidas con arcilla cocida, todas esas obras, fueron hace tiempo corroídas por las lluvias y arrastradas por los vientos y las exploraciones realizadas en busca de sus ruinas, han sido infructuosas. Sus mutuas relaciones eran confusas y como eran crueles, luchaban con frecuencia. Desconocían las leyes elementales del intercambio y de la repartición del trabajo. Para el canje de sus productos, se valían de pequeños pedazos de metal, donde su libidinosa naturaleza se deleitaba grabando bustos de mujeres. Tenían una concepción simplista del universo; el cual,

por otra parte, no les preocupaba mucho. Como eran orgullosos, su reducida imaginación llegó a suponer al universo creado y dirigido por un dios semejante a sus ridiculas figuras. Sus medios de locomoción, de los cuales se han encontrado algunos restos, eran lentos, y en general se arrastraban penosamente por él suelo; ello contribuía a mantener el apocamiento de sus espíritus. La navegación aérea estaba entonces en sus comienzos.

Tales eran las equivocadas ideas que encerraba la única palabra que consiguió descifrar. Las demás, que fluían paulatinamente, eran incomprensibles y encerraban conceptos oscuros y generales sobre el mundo.

Fijó la atención en el hombre pálido y trató de leer su pensamiento. Mas, al contrario de lo que esperaba, no consiguió determinar más que una idea, que se presentaba tenaz e invariablemente.

-Yo. Yo.

Contrariado por esa pobreza de ideación, lo observó detenidamente; pero no logró descubrirle ninguna otra.

—Yo. Yo, repetía incansable su semejante.

Chilló una chicharra a lo lejos. Los tres espectros se levantaron y se alejaron silenciosos, entre los troncos de los guayabos, que simulaban, con su rectitud y disposición, las columnas de un templo. Una brisa rápida sacudió el letargo. Las hojas se estremecieron, una onda leve hizo temblar los juncos y varios pájaros piaron.

-¿Para qué habrán venido a molestarme?, se preguntó, sacudiendo, negligente, sus hombros. Yo no debo pensar; aún estoy débil.

Y continuó preparando su comida.

UNA VOCACIÓN

HISTORIA SUCINTA DE UN ENTUSIASMO

Describiendo la vocación de mi amigo Jorge Castillo, escribí hace diez años una novela. El año pasado, decidido a publicarla me dediqué a corregirla. Comenté eliminando las escenas inútiles, y el libro quedó reducido a la mitad. Taché lo adjetivos redundantes y sólo restaron cincuenta párrafos. Finalmente, cuando suprimí la descripción de los gestos y actitudes, que con palabras distintas repetían siempre lo mismo, el relato quedó en la forma escueta en que va a leerse.

Mi amigo, un hombre locuaz y comunicativo, que no calla nunca sus impresiones, me dijo un día que fui a visitarlo:

-Reboso de alegría. Al fin he conseguido la ansiada caja de pintura. Ahora podré dar forma a las inquietas imágenes que bullen en mi cerebro. Me deleito contemplando los pomos de colores, que en su alineada igualdad parecen soldados prestos a saludar, la delgada paleta en forma de óvalo y el largo y negro apoya-manos. Mira qué discreta elegancia tienen los delgados pinceles y qué flexibilidad la hoja de la espátula. ¡Decir que estos sencillos instrumentos, que estas baratijas despreciables, son los únicos elementos necesarios para confeccionar grandes obras! ¿Quién no se siente capaz? Tan sencillo como es su mecanismo. Nada de cabalas, embrollos, ni misterios. Un poco de este pomo, otro poco de aquél, mezclados *y* extendidos sobre el lienzo, forman todas las maravillas de sombras y de color. ¡Oh, sencillez! La emoción y la alegría, me demuestran haber encontrado

mi verdadera vocación. Yo soy pintor, siempre tuve la intuición de que lo era, ahora tengo la convicción. Me siento dominado por la forma y por el colorido. Forma y color, eso es todo; es el resumen de las apariencias. Me dedicaré a una obra grande que presiento ya. No hay felicidad mayor que encontrar su vocación.

Tres días después:

-He comprado un manual y sigo sus indicaciones.

Aprendo rápidamente a difundir, a matizar, a extender los colores. Es muy sencillo y poco importante. La emoción es lo único que tiene valor en el arte. La emoción del color y de la forma, es la condición esencial del artista. ¿No lo crees? ¡Es que tú no eres pintor! ,

Un mes después:

—Comencé un cuadro. Me servirá para practicar y para desahogar mi emotividad. No será la obra de un principiante, porque concentrará toda mi emoción cromática, adquirida en largos años de observación. ¿Te ríes? Ya lo verás. Es una gruta azul, alargada, como una bóveda. Por una pequeña abertura, en el fondo, penetra la rojiza luz del ocaso. Hay una lucha de azules, de ocres y de bermellones, gigantesca, sorprendente.

A los dos meses:

-"La gruta encantada" está concluida. He pasado el día entero mirándola, soñando. Si todos sintieran ante ella, como yo siento, si despertara las emociones que despierta en mí, sería una obra maestra. ¿Sonríes? Tú, eres un escéptico; pero reconoce, al menos, el valor práctico del entusiasmo.

A los tres meses:

—Estoy atareado, desde hace varios días, en esbozar un nuevo cuadro.

Un cuadro simbólico. Algo estupendo. Quiero representar a la energía en toda su potencia creadora, sobreponiéndose a la debilidad de los sentidos y del instinto. La parábola de Rodó realizada, la voluntad doblegando en la soledad a los pobres niños.

A los cuatro meses:

-La idea, demasiado grande, escapa aún de la forma.

Los detalles flaquean y el conjunto no me satisface. Me falta la técnica. Ya llegaré.

A los cinco meses:

—La energía me fracasa. Mi entusiasmo disminuye. El conjunto es casi ridículo. Hay en los detalles grandes lagunas que mi imaginación no puede llenar. Lo estudiaré.

A los seis meses:

-Los esbozos me lían demostrado que desconozco el rostro humano, con los cuales he vivido rodeado. Este desconocimiento me llena de asombro. Me dedicaré a observarlos.

A los siete meses:

—El mundo cobra un nuevo aspecto. Observo detenidamente a todas las personas que pasan a mi lado y noto curiosidades inimaginables. ¡Las narices que he visto! ¡La infinita variedad de bocas! Casi puedo decir que no encontré dos rasgos fisonómicos iguales. Las narices rectas, las rojas como frutillas, la curva de los judíos y la aguileña de los romanos, varían a su vez, en los detalles, en la forma de las ventanas, en los lóbulos, en los poros. ¡Oh fecunda imaginación de la naturaleza!

A los ocho meses:

-Ahora, voy al museo y a las exposiciones, porque, comprendo que es bueno, también, estudiar el procedimiento de los maestros. Además, el ambiente artístico que allí impera, sostiene el ánimo en la lucha. En el museo, una joven copiaba ayer un cuadro. A fuerza de ser fiel, la copia parecía un retrato colgado. Le quise indicar el error en que incurría y me acerqué. Trabamos conversación y le critiqué el procedimiento. Si quiere usted hacer una obra maestra de belleza, le dije, transforme en espejo su lienzo. Ella sonrió. Es amable.

A los nueve meses:

—Somos muy amigos. Vamos todos los días al museo. Le llamo la atención sobre los importantes detalles de los cuadros, que pasan desapercibidos para su frivolo espíritu. Salimos juntos y descansamos paseando. Confieso que la pintura me interesa cada vez menos.

A los diez meses:

-Me doy cuenta de que no soy pintor; mi compañera también se ha dado cuenta de ello. Nuestra amistad es íntima y deliciosa. Somos felices. La sugerencia de la pintura es un mito. Un cuadro, por maravilloso que sea, no trasmitirá nunca la emoción de un paisaje, tal como yo la siento cuando del brazo de mi amiga, hablando con los ojos, más que con los labios, vamos estremecidos bajo la arboleda.

A los once meses:

Vino a verme un amigo y me pidió un cuadro, para rifarlo a beneficio de la sociedad de empelados. Le di "La gruta encantada", y se fue agradecido. Menos mal. Parece que los constituyentes de la sociedad no entienden mucho de arte. Es preferible.

A los doce meses:

—He pasado un año, engañado por mi vocación hacia la pintura, pero no lo he perdido. Aprendí muchas cosas, cuya existencia no hubiera sospechado siquiera. Sé, ahora, que detrás de las apariencias sencillas, que se complican a medida que se conocen, hay un aprendizaje largo, un gran conocimiento de la técnica y una observación perspicaz y mantenida. Me he dado cuenta de que es mejor observar una vez, que mirar mil, y que la vida está sembrada de pequeños detalles, cuyo atractivo despreciamos al pasar. Pero, sobre todo, he conquistado una compañera dulce, que me adora. ¿Qué más puedo desear? Tú, que me miras como reprochándome, confiesa, sin embargo, que me envidias.

LOS OGROS

Los grandes monstruos le habían intimidado mucho, en un principio. No intentó nunca resistir, porque sus débiles fuerzas no podían contrarrestar la de ellos, que movían fácilmente el cajón que le servía de casa y, levantándole por las orejas con pasmosa facilidad, le elevaban hasta alturas vertiginosas.

Su habilidad para esconderse, era menor que la de ellos para buscarlo. Había tratado de ocultarse entre las pajas y detrás de unas lonas viejas amontonadas en el patio; pero siempre los monstruos habilidosos le encontraron de inmediato.

La última tentativa de evasión, la realizó una vez, a la hora de la siesta. Se acercó, con timidez, a la puerta del cajón y miró para todos lados, sin ver ni oír a nadie. En el patio, solitario y silencioso, cantaba un pájaro su trino monótono y esto le dio ánimo. Salió receloso, mirando con frecuencia para todos lados, incrédulo de la facilidad con que huía. Arrimado a la pared, moviendo vivamente sus ojillos escrutadores, se fue alejando a la ventura. Atravesó, así, el ancho y árido patio y llegó a una puerta pequeña, que crujió sollozando cuando la empujó. Detrás se extendía un pequeño jardín, que a él le pareció inmenso. Corrió, asustado sin razón, a ocultarse entre los yuyos y permaneció un largo rato en intensa expectativa. Engañado por los altos yuyos y por los arbustos, creyóse libre. Sólo la facilidad de su liberación le inquietaba, temía alguna celada.

Después, más tranquilo, se metió entre las matas y corrió un rato contento. Comió una sabrosa plantita y trató de huir más lejos. Por ese lado, el camino estaba cortado por un alto muro y comenzó a recorrerlo, en busca de una abertura, oculto siempre. Dio muchas vueltas, y se encontró de

pronto ante la misma puerta por donde había entrado. Pegó un salto y fue a esconderse, temblando. Luego, sin moverse, fue observando el lugar. Era evidente que los monstruos habían cambiado el mundo; antes, él podía recorrer el campo *y* saltar libremente, aún muy lejos de su cueva, ahora se le oponían estos insalvables obstáculos. La tenaz ilusión le incitó de nuevo y, se dispuso a recorrer el jardín, pero unos gritos lejanos le contuvieron. Debían haber notado su fuga, porque los gritos partían del patio; le estarían buscando. Para ocultarse mejor, comenzó a cavar una cueva, lenta y sigilosamente, para no llamar la atención. Las voces y los gritos se fueron alejando y creyó haberse salvado. Se incorporaba para buscar una salida, cuando chilló. Azorado, quiso esconderse y ese movimiento le delató. Se dio cuenta de que estaba perdido, y, resignado, se dejó agarrar por las orejas. Era imposible escapar; los monstruos dominaban el mundo.

Desde entonces, convencido de la imposibilidad de huir, trató de amoldarse a su nuevo estado, obedeciendo, en lo posible, los deseos de sus poderosos dueños.

Les fue perdiendo el miedo y hasta llegó a encariñarse con los dos monstruos chicos, que le rodeaban de continuo. Notó, después, que cuando él movía las orejas, respondiendo a un grito, le obsequiaban con lechuga fresca, y en adelante obedeció de inmediato a las voces confusas, que encerraban para él una sabrosa promesa. Como era inteligente y se preocupaba, pronto aprendió diversas habilidades, que hacían las delicias de los monstruos pequeños.

Había en la casa otros más grandes, que no gastaban con él ninguna consideración, que lo miraban siempre con siniestras intenciones *y* a los cuales seguía temiendo. Sobre todo uno de ellos le atemorizaba. Era grande y feo, envuelto con muchos trapos. Vivía entre el fuego y el humo, manejando diabólicos instrumentos, que al caer producían un estrépito descomunal. Cada dos o tres días se acercaba, le palpaba las carnes, tanteando su gordura y hacía gestos de satisfacción. Esto le llenaba de trágicos presentimientos.

II

Los preparativos para la instalación de la zapatería habían terminado. Las compras se habían realizado a un precio más que conveniente, aprovechando un remate judicial. La estantería se construyó económicamente, porque ambos socios colaboraron, y su aspecto resultaba agradable. Todas las circunstancias estaban en su favor. Era un barrio rico, habitado por muchos empleados, donde por casualidad tendrían pocos competidores, todos muy pobremente establecidos. Su local, en cambio, con gran abundancia de mercadería, bien instalado y con sus vidrieras bien arregladas era realmente atrayente. Su mismo socio le placía. Daba gusto ese hombre, que tenía un arte especial para arreglar las vidrieras, para disponer el mostrador, las sillas, el probador. No en balde había viajado tanto. Fueron compañeros en la gran zapatería "El Tigre" y allí planearon el negocio.

Tales eran los agradables pensamientos de Antonio Ramírez, cuando el sábado a la tarde entraba en su casa.

Encontró a sus dos hijos jugando con el conejo, como de costumbre. Los contempló mucho tiempo, admirando, de lejos, las habilidades que en tan poco tiempo le habían enseñado. Sus hijos eran vivos e inteligentes. La seguridad de ello, le inundó aún más de felicidad.

—Mira, papá, cómo obedece, exclamó el mayor de ellos.

Dirigiéndose al conejo, gritó, al tiempo de golpear las manos:

-Juanito Conejo, dispara, dispara.

Y el conejo, obediente, huyó a ocultarse detrás de una escoba, mirándolos desde allí con sus ojillos movedizos y burlones.

-Juanito Conejo, vení, le gritaron de nuevo, y el conejo se acercó mansamente.

-Papá, decile que mueva las orejas, vas a ver. Complacido, gritó al conejo con voz ronca:

—Mové las orejas.

El conejo asustado, corrió a meterse en su guarida.

—Vos no sabes decirle, papá, protestó el mayor.

Le sacaron de nuevo, la acariciaron y le ordenaron:

—Juanito Conejo, mové las orejas.

El obediente animal las sacudió lentamente, como aplaudiendo.

Don Antonio reía encantado, dichoso. Les acarició y fue a saludar a su mujer. Su felicidad le hacía efusivo y la abrazó y besó largamente. Se sentía bueno, rebosante de alegría. Le describió con todo detalle el bonito aspecto del local; calculó las posibles ganancias y, arrastrado por la fantasía, construyó enormes castillos en el aire.

Hablaron, después, del almuerzo con que al día siguiente festejarían el comienzo del negocio. Repasaron, cuidadosos, el menú, preparado de acuerdo con la cocinera, y él hizo constar:

—Hay que cuidar mucho la cocina, porque Malone es un gastrónomo.

Luego, sugirió una duda:

-¿Pero estará ya bien gordo?

—Es una bola de grasa, atestiguó ella.

La abrazó de nuevo. No podía contener su alegría. Era un hombre feliz y lo confesó abiertamente.

-¡Qué dichoso soy, mujercita mía!

III

El conejo estaba arrepentido de su desobediencia al monstruo grande. Había huido intimidado por su grueso vozarrón y lamentaba su falta de coraje. Prometióse, para adelante, obedecerles y demostrarles su cariño. No era ingrato y quería corresponder a los cuidados con que lo rodeaban. En los últimos días, la comida, suculenta como nunca, aumentó en cantidad y siempre sobraba algo, no obstante su voraz apetito. Hasta el ogro del fuego le parecía menos terrible y sus periódicos tanteos no le inquietaban ya. Si hubiera tenido una compañera, hubiera sido feliz. Pensando que quizá los monstruos se la trajeran, se fue adormeciendo con una beatífica sonrisa.

Era muy temprano cuando sintió un roce en el cajón. La siniestra intención, que vio clara en el monstruo del fuego, le aterrorizó. Olvidando sus promesas trató de huir, ocultándose entre las pajas; pero una poderosa

mano se le prendió del cogote. Sus presentimientos trágicos se cumplían; nunca había sucedido eso. Siempre le agarraban de las orejas, porque los omniscientes monstruos sabían cuan dolorosos le eran los apretones en el cuerpo. ¡Y cómo apretaba! Sentía crujir sus huesos y con bruscas sacudidas intentó inútilmente libertarse. Atravesaron el patio y entraron en el jardín. Tuvo la fugaz ilusión de que lo libertaban; pero de nuevo le acometió el miedo cerval, que le impedía todo movimiento.

Brillaba en la mano derecha un instrumento alargado y temible. Mientras se agitaba, en la última tentativa de evasión, vio moverse rápidamente el cuchillo y acercarse, veloz hacia él. El terror le hizo cerrar los ojos. Sintió una aguda y dolorosa punzada en la garganta y se dio cuenta de que le mataban. De reojo alcanzó a ver su pecho inundado por la sangre, que a borbotones brotaba de su pescuezo. Sus fuerzas se debilitaban rápidamente y le fue invadiendo una dulce laxitud. Una niebla rojiza le ocultó la visión del jardín, que había visto girar y alejarse. Por detrás de la niebla creyó percibir el inmenso campo asoleado; vio a los viejos conejos y a la querida cueva lejana. Lo vio todo de nuevo, confuso y rápido. La visión desapareció también, cubierta por la niebla roja. Los martillazos que retumbaban en su cabeza, se fueron apagando. Su corazón, que al principio saltaba en su pecho, se fue calmando. Ya sin fuerzas, dio el último sacudón, el postrero y quedó tieso. Había muerto.

IV

Los dos muchachos lloraron toda la mañana y cuando se sentaron a la mesa tenían aún los ojos enrojecidos. El más pequeño había rondado alrededor del cajón. Lo limpió y lo acomodó, como si aun viviera el conejo, interrumpiendo su tarea con amargos sollozos. El mayor miró al invitado, desde su llegada, con odio profundo. No quiso saludarlo y le miraba desafiante. Él era el culpable de la muerte, era el Dios cruel, en cuyo honor se había realizado el sacrificio. De buena gana le hubiera arañado y mordido, para descargar su anhelo de venganza, y juró no olvidarse.

El socio era un hombre vulgar; ni bajo ni alto, ni gordo ni flaco. En su juventud viajó mucho, y como si lo más interesante que contemplara fueran las comidas, recordaba únicamente los platos regionales, propios de cada pueblo *y* los que la gula humana le había brindado en las diversas partes del globo. América no le agradaba por la simplicidad de los alimentos.

-Aquí, decía, no saben comer. Salvo el puchero, buey hervido, todo lo hacen con trigo y maíz. Eso es no saber comer. El elemento básico es la carne y sin ella no hay plato bueno. La naturaleza nos ha proporcionado mil carnes distintas, para que nos deleitemos comiéndolas y no hacerlo es ofenderla. Yo me jacto de haber probado la carne de todos los animales comestibles.

Ambos esposos le escuchaban boquiabiertos. Sus sencillos estómagos admiraban tan refinada voracidad.

-Yo las he probado a todas, aseveró de nuevo. Las más tiernas son las de aves, que bien preparadas, son platos deliciosos. He comido faisán y gorrión, perdices, patos y hasta pichones de lechuza.

-Pero ¿se comen esos bichos? ¡Qué cosa repugnante!, exclamó la señora.

—¡Querría que los probara!

—¡No los comería nunca!, protestó con repugnancia.

-Haría usted muy mal. Si fuera por compasión a un pájaro bello, a un ruiseñor, que tienen, por otra parte, una carne poco agradable, comprendería sus sentimientos. ¡Pero una lechuza, señora, un pájaro inútil!

El marido intervino confesando, con gran esfuerzo, que él comería llegada la ocasión.

—¡Un bicho repulsivo, Antonio!, exclamó ella.

-¿Repulsivo? ¿No come usted con deleite la carne del chancho? ¿Podría encontrarse un animal más sucio y repugnante? ¡comedor de cadáveres! Habla de acuerdo a las costumbres y a los prejuicios y no podrá usted innovar su mesa. No comerá usted caracoles, ranas, gorriones, palomas ni otro bicho que no coma desde niña y perderá usted muchos placeres gastronómicos. Yo he probado hasta langostas asadas, en África y en América para ver la diferencia, y me parecieron insípidas. Pero el manjar que en su sencillez tiene un gusto incomparable, es la carne asada de las piezas cobradas después de ardua persecución, matadas por uno mismo. Comerse el corazón asado de un ciervo, conseguido tras larga caminata, une en uno solo, dos placeres intensos. Hay que saber gozar en la vida.

Refirió luego diversas peripecias de caza y volvió al tema de las comidas.

Los muchachos le miraban intimidados. Su figura adquiría a sus ojos un volumen desmesurado y un aspecto terrible. Era idéntico al ogro enorme y voraz de los cuentos de Perrault. Se comía todo lo que le rodeaba: vacas, ovejas, caballos, gatos, ranas, pescados, pájaros, todo, todo. No comía por apetito sino por deleite, por crueldad, tentando su hartura, sin remordimientos. Su padre y su madre se les aparecieron, también, como ogros que se comían hasta los animales cobijados en su cariño; ellos también comerían a su difunto amigo. Eran los ogros del cuento: sanguinarios y crueles.

El plato especial llegó a su turno. Conejo saltado. Los dos hermanos miraron el cadáver despedazado del amigo, rodeado de arroz y de pimientos y las lágrimas asomaron a sus ojos. La cabecita, colocada sobre el arroz en el centro de la fuente, parecía, aún, mirarlos con cariño; era fiel hasta en la muerte. El dolor humedecía sus lagrimales y la angustia secaba sus gargantas.

-El conejo saltado es delicioso si está bien condimentado, decía el ogro. Ha adivinado usted mis gustos, la cabeza es la parte más sabrosa.

Con la punta del cuchillo hizo saltar un ojo y se lo comió paladeando. Con la misma fruición se comió el otro. Arrancó los músculos adheridos a la carretilla y al masticarlos hizo un gesto, exclamando:

—¡Este conejo ha sido degollado!

-Así es, contestó ingenuamente la dueña.

—¡Qué error! ¡Qué grave error! Los conejos no se degüellan porque pierden el gusto. Eso es elemental. Se desnucan, señora.

Explicó con todo detalle la manera de matarlos, mientras extraía el cerebro laboriosamente.

Don Antonio vio a sus hijos conteniendo el llanto y tuvo un ligero remordimiento. Recordó al conejito blanco y obediente y sin quererlo, exclamó:

-Estaba tan acostumbrado a verlo, que me parece comer un hijo.

-No haga sentimentalismos con la comida, dijo bruscamente el cazador. No podríamos comer nada.

-Tiene razón, respondió, mientras continuaba arrancando, con sus filosos dientes, los delicados músculos adheridos al fémur.

En el plato quedaba el cráneo pelado y hueco del conejo. El padre, para distraer a los muchachos, cuya seriedad le acongojaba, pegó una palmada y dijo sonriente, dirigiéndose al cráneo:

—Juanito Conejo, mové las orejas.

Los muchachos le miraron atónitos. Les pareció ver sobre el plato a su amigo, siempre blanco, mirándolos con sus ojos movedizos, y se echaron a llorar inconsolables, cuando el padre repitió:

—Vamos, Juanito Conejo, mové las orejas.

EL CRIMEN DE LOS POLVOS VERDES

Julio Verdengo, el distinguido químico, un hombre alto y corpulento, cuya cabeza demasiado pequeña, aflorando apenas sobre sus anchos hombros, semejaba en el conjunto visto de lejos, el punto de un enorme signo de admiración, dolíase de que a su mujer, una mujercita menuda y silenciosa que vivía pendiente de sus menores deseos, le desagradara su profesión.

No podía admitir que su marido, cuya inteligencia le hubiera hecho destacar en cualquier actividad, ganase el sustento manipulando la sangre, la orina y los esputos de los enfermos. Concentraba su desagrado en el laboratorio, situado en el último cuarto de la casa. No entraba nunca, no obstante que, con el fin de atraerla y simulando divertir a los niños, su marido realizó allí los más curiosos y entretenidos experimentos.

Otra persona de la casa odiaba y temía al misterioso cuarto. Era una lavandera siciliana, que lavaba la ropa con regularidad semanal, en una pileta situada enfrente del laboratorio. No se la vio jamás, mientras trabajaba, dar la espalda a la puerta, aunque esa hubiera sido la posición más cómoda. Los frascos rotulados con nombres cabalísticos, el alargado cuello de las retortas, los largos y sinuosos tubos de los refrigerantes y el penetrante olor de sustancias desconocidas y de materias orgánicas en descomposición, le infundían pavor. La presencia del químico, en lugar de tranquilizarla, la atemorizaba más. Veía en él, un mago poderoso, desde que los hizo víctimas de una grotesca farsa.

Los sirvientes almorzaban en la cocina, cuando salió Verdengo de su laboratorio. Los saludó y como llevaba pensada ya la broma, se detuvo. Miró una gran jarra de cristal, medio llena de agua, de la cual bebían, y después de observarla detenidamente, les dijo, horrorizado:

-Ustedes beben sangre.

Los sirvientes no comprendieron de inmediato y él agregó:

-Esto no es agua; es sangre. ¿Quién la trajo?

-La saqué de la canilla, señor, explicó la cocinera.

-No, no es posible, acá hay un misterio. Voy a comprobarlo.

Volvió al laboratorio y trajo dos frasquitos, llenos de líquidos cristalinos.

-Esto, dijo mostrando los frascos, es agua, también. Es el agua reveladora de los crímenes.

El portero, sonrió incrédulo; pero la lavandera seguía sus movimientos, absorta en la revelación. Echó el contenido del primer frasco y sacudió el agua, diciendo:

-No puedo equivocarme. Ahora aparecerá. Es un misterio horrible.

Volcó el contenido del segundo frasco y la cristalina agua de la jarra se coloreó de golpe, de un rojo intenso, sanguíneo.

-¡Bebedores de sangre! ¡Bebedores de sangre!, les gritó con simulada repugnancia, mientras se retiraba apresurado, para contarle la broma a su mujer.

Los sirvientes quedaron desconcertados. Esto no eran palabras; la sangre estaba allí. La examinaron con detención. El portero fue el primero que habló, intentando explicar el fenómeno. V-

-A mi no me embroma, dijo, mientras se levantaba para servirse directamente en su copa el agua de la canilla, en el frasquito había sangre concentrada.

-Pero si eran transparentes, le hicieron notar.

-El patrón no debía jugar con estas cosas, protestó evasivo.

La pobre lavandera, que veía en eso la presencia de espíritus malignos, metió la mano en el seno y apretó angustiada una medallita, mientras recitaba una oración.

II

Cuando esa noche trató de continuar el meritorio ensayo que sobre la química de los actos vegetativos escribía en los ratos de ocio, no pudo fijar las ideas, distraído por el recuerdo del ridículo acontecimiento. Se había reído mucho con su mujer, durante la comida, comentando el aspecto jocoso de la escena y ahora otro aspecto de la misma le inquietaba y le presentaba dudas, cuya existencia nunca había sospechado.

Esa tarde, mientras se ocupaba en su tarea habitual, fue interrumpido por la llegada de la lavandera.

Entró atemorizada, mirando furtivamente con sus grandes ojos saltones los extraños frascos, que parecían prontos para atacarla, y los picos de Bunsen, sobre los cuales hervían tumultuosamente líquidos oleaginosos. Se detuvo, lista para huir del endiablado cuarto; pero él la detuvo, preguntándole amable:

—¿Deseaba usted algo?

Su actitud cambió de inmediato. Le miró suplicante. Cayó a sus plantas de rodillas y abrazándole las piernas le dijo con voz cálida:

—Señor, sálveme. Líbreme del daño.

Había en esta cómica situación, de la que en otro momento se hubiera reído a carcajadas, tanta fe sencilla, tanta unción, que se turbó. La tomó de los hombros y la obligó a levantarse.

—Estoy dispuesto a socorrerla. Dígame cuál es su enfermedad, el daño y la ayudaré. Tranquilícese. Cuénteme con calma.

Tímidamente al principio, con más seguridad después, pero siempre con religioso temor, dijo:

-Tengo, señor, un vecino que me odia. Me contaron que vio una adivina. Ella le dio un talismán. Desde entonces, siento en el costado una puntada tan fuerte, que no me deja dormir. El dolor va en aumento y casi no puedo trabajar.

-Debe consultar a un médico. El le curará la puntada.

—Señor, los médicos no entienden de esto. Yo vi a uno y me dijo que no tenía nada. Son los espíritus, señor. Es el daño de la adivina.

Se arrodilló de nuevo e imploró, poniendo su alma entera en la súplica:

-Señor, usted puede salvarme. Usted que es más poderoso, sálveme, cúreme. Tenga compasión, señor.

Agachó la cabeza, se extendió en el suelo y permaneció en éxtasis. Julio miró a la mujer caída, como muerta, como un muñeco con el resorte roto y sintió lástima por su alma simple, que se quebraba como un frágil biscuit. Luego, la idea de entrar en competencia con una adivina le hizo gracia y sonrió.

La mujer permanecía tirada, dispuesta a no levantarse hasta escuchar la sentencia definitiva y su conciencia le prohibió abandonarla. Comprendía que hablándola francamente, no la convencería nunca y decidió sugestionarla. Meditó el procedimiento y hasta las palabras, se agachó, le apretó la cabeza entre las manos y le dijo:

-Mi poder se detiene ante el santo triángulo. Yo no podré nunca torcer sus decisiones.

Los ojos saltones le miraron angustiados.

—Te ayudaré a investigar tu destino. Averiguaré los supremos mandatos del soberano triángulo.

Se levantó, tomó una pequeña cajita y delante de ella, echó en su interior unos polvos amarillos, que comprimió cuidadoso. Puso encima otra capa de polvos azules. Cerró con cuidado la caja, pegando la tapa y dibujó sobre ella unos signos complicados. Para completar su obra sugestiva, apoyó el índice sobre la frente de la mujer, que miraba azorada, y en uso de sus facultades festivas, le dijo:

-Te pondrás la caja en el pecho, al acostarte, durante tres noches, y la sacudirás siete veces. Vendrás al cuarto día y la abriremos. Si el Santo Triángulo, que todo lo puede, desea tu felicidad, los polvos amarillos y los azules se habrán evaporado y llenará la caja un nuevo polvo verde que sin que tú lo notes, el Santo Triángulo pondrá adentro. Ahora, vete.

Ella siguió gesticulando, agradecida.

Rehacía la escena y sonreía. Temió que algún pintor vecino destruyera la sugestión, explicándole el efecto de la combinación de los colores; mas, la seguridad de que la mujer no contaría los hechos sino con vagas palabras; le tranquilizó.

-Su enorme fe la curará, pensó, cuando vea la milagrosa aparición de los polvos verdes. Y toda su fe no será, al fin y al cabo, más que un producto de su ignorancia. ¿Será, pues, condición indispensable de la fe la ignorancia del creyente? La curiosidad me incita a ver, el resultado de la treta, a observar la influencia fisiológica de un fenómeno psicológico. Pero, esta curiosidad, ¿no puede ser acaso efecto de mi ignorancia? ¿Por qué no suponer que lo mismo que existe una ley fija y constante, por la cual la combinación del azul y del amarillo, produce el verde, ley que desconoce ella, no exista, otra relación fija, que desconozco yo, entre el fenómeno físico de los colores y el fisiológico de su curación? El fundamento sería igualmente inexplicable. Estamos, acostumbrados a la relación de los colores y no nos detenemos para explicamos su por qué. Lo aceptamos como una verdad axiomática, sin que el misterio de su razón íntima excite nuestra curiosidad.

Hasta su escritorio llegaban las risas de las visitas, a quienes su mujer contaba la graciosa aventura, y a su vez sonrió.

III

Volvió ella a los tres días. La esperaba Verdengo, rodeado de un serio señor, de su mujer, que al fin se decidió a entrar, y de dos amigas, muy dispuestas a reírse.

Se intimidó un poco al ver tantas personas; pero como éstas se retiraron discretamente a un apartado rincón, vencida por su ansiedad, llegó hasta él y le entregó con timidez, la cajita arrugada y manchada de sudor. La intensa expectativa relajaba sus músculos y su mandíbula caída le daba una expresión estúpida.

Extendió él una hoja de papel blanco, hizo un pase cabalístico, agitó los brazos en el aire y sin decir una palabra, con los gestos y actitudes lentas, ceremoniosas y rituales con que un sacerdote bebe en la misa el vino del cáliz, volcó el contenido verde en la cajita.

La pobre lavandera abrió sus grandes ojos, sonrió, sus mejillas enrojecieron y, emocionada, sollozó, mientras las señoras ocultaban la sonrisa bajo sus pañuelos.

El espíritu bromista de Verdengo, quiso dar el último toque al espectáculo y echándose atrás y alzando los brazos, le dijo con voz cavernosa:

-El Supremo Triángulo, ha querido protegerte con su divina omnipotencia. Quedas libre de daños y de males. Los polvos verdes fulminarán a tu vecino y vivirás sana y feliz.

La risa contenida de las señoras, silbaba bajo los pañuelos. Ella lo miró pletórica de alegría, y, agradecida, depositó en su mano, un beso ardiente.

-Ve, mujer, será dichosa, agregó protector, mientras ella salía henchida de esperanzas.

Una de las señoras, comentó:

-Qué gente crédula. Es muy gracioso.

El serio señor, abogado muy reputado en el foro, le replicó:

-Todos nosotros, señora, tenemos algo de esta mujer. Si esta escena se hubiera desarrollado en un ambiente propicio, donde todas las artes contribuyeran a la sugestión y en lugar de ser la protagonista una pobre lavandera, hubiera sido un conjunto de hermosas damas, habríamos contemplado un religioso y emocionante espectáculo.

Ella le miró de reojo y concomiéndose coquetonamente, le dijo con simulado enojo:

—Es usted un hombre grosero.

Trabajaba, Verdengo, al día siguiente, con su nauseabundo material, observando a través del poderoso ultramicroscopio la agitación inútil de los bacilos, cuando entró la lavandera como una tromba. Temblaba su cuerpo entero presa de terror y sus ojos ya saltones, parecían querérsele salir de las órbitas.

-Señor, señor, gritó desde la puerta. El ha muerto.

-¿Quién ha muerto?, preguntó, sobresaltado.

-Él, mi vecino. Los polvos verdes lo mataron, señor.

-¿Qué dices?, exclamó, levantándose.

-Sí, señor. Mi vecino murió esta mañana. Lo mataron los polvos verdes, como usted dijo.

Julio Verdengo, el distinguido químico, no salía de su asombro.

-Cálmate, le, dijo, y cuenta. ¿Qué ha pasado?

La lavandera no podía hablar; movía los labios, se desesperaba y no articulaba una palabra. Le dio bromuro, la hizo sentar, la calmó.

-Ayer a la tarde, contó, a la hora en que sacó los polvos verdes, mi vecino cayó enfermo. Cuando llegué ya estaba grave. Ha muerto esta mañana. Nadie se explica su muerte. Yo sola sé, señor, que fueron los polvos verdes, que fue el Triángulo.

La cuestión era grave y Verdengo temió por las consecuencias; podían complicarlo como embaucador. Comprendió el error cometido. Se dio cuenta de que no es posible jugar con la ingenuidad humana, sino dentro de lo legal. Para evitar la divulgación, siempre en uso de la misma farsa, la agarró con rabia por los cabellos, la sacudió hasta arrancarle lágrimas y le dijo:

-El Santo Triángulo te habla, escucha: Comprende bien lo que te digo, porque en ello va tu vida. Lo que ha pasado entre nosotros, la caja de los polvos verdes, la causa de la muerte, todo ¿entiendes? debes guardarlo en el fondo de tu conciencia. Si alguna vez te acuerdas de ello, delante de alguno, el Santo Triángulo te fulminará, como a tu vecino, ¿entiendes? No digas nada a nadie, ni a tus hermanos, ni a tu padre, ni a tu marido, en ello va tu vida. ¡Vete! ¡Vete!

Se fue aterrorizada, estrujando la medallita y murmurando una oración. Verdengo recobró la calma en la seguridad de que nunca diría nada; pero no pudo continuar trabajando. Cerró el laboratorio y fue al estudio. Su mujer le preguntó al paso:

-¿Qué le sucedía a la lavandera?

-Zonceras, contestó evasivo.

IV

Rodeado de los libros, que guardan celosamente la crónica y el detalle de los secretos arrancados a la naturaleza, en una lucha larga y penosa, le abrumaba el pensar en el sinnúmero de secretos que aún permanecen desconocidos. Ellos resumen el estado del progreso actual de la humanidad y ese resumen, por su pequenez, le pareció ridículo cuando lo relacionaba a los infinitos problemas que la vida presenta. Su ignorancia de las leyes que rigen la casualidad, leyes cuya intuición tenía recién, llenaban su espíritu de ansiedad. Se veía idéntico a la lavandera, idéntico a los viejos e ignorantes personajes bíblicos, a los sencillos egipcios y a los intuitivos indúes. Sus balbuceos de ciencia no satisfacían su curiosidad, ni calmaban su imperiosa necesidad de tener fe.

Quiso revisar sus conocimientos, establecer una línea divisoria, y la imposibilidad de hacerlo y la angustia de su ignorancia llevaron a su cerebro una imagen de la humanidad, débil y deleznable, avanzando a ciegas por los tortuosos senderos del destino.

¡DETENTE!

Entras, lector, al parque y recorres los arenosos camines, que crujen bajo tu pesada planta. Son rojos, cubiertos de escasas hojas secas, que el viento otoñal lleva de acá para allá. Las últimas rosas, celosamente cuidadas por agudas espinas, pliegan sus marchitos pétalos, prontas a marchar a un lejano e incógnito país, como golondrinas soñadoras que fueran a buscar en el misterio el calor de la tibia primavera.

El hermoso día atrae a mucha gente. Llevan todas, impresa en sus pupilas, la melancolía del otoño. Un joven tuerto mira volar un pájaro; un anciano da órdenes terminantes a un indiferente sapo; en una alameda sombría un hombre solloza; un obrero pinta de verde un farol y una humilde mujer lo contempla absorta. Pasa una incitante dama, poniendo la nota amable, mientras una voluntariosa matrona arranca flores, ante las protestas del guardián. Bajo los árboles, varios niños juegan, y sentados en los cómodos bancos, diversas personas leen. Tú, el ser más importante de todos, paseas orgulloso y llegas al fondo del jardín. Detrás de una pequeña puertecilla está el vivero.

Si no te diste cuenta, a medida que los veías, del estrecho parentesco del público y del determinado fin que los llevó al parque; si no viste, bajo los marchitos pétalos, el dorado germen, no entres al vivero. Los labios, olvidados de la amenidad y de la estética, te aburrirán describiendo sus injertos y los mil procedimientos que usan, tratando de engendrar seres nuevos.

Si caíste en la cuenta del objeto del público, sea el modo propio de tu pensar semejante o diverso, y visto el oculto germen, aunque la flor no te agradase, penetra. Los aburridos sabios no te deleitarán, pero quizá conmuevan algunas viejas, arraigadas y polvorientas ideas, que en el fondo de tu cerebro tienes.

DIÁLOGOS

CORLIN

Es delicioso ver jugar a los niños; comunican algo de su felicidad. En sus juegos, candidos y sencillos, desempeña un papel importante su viva imaginación.

DUVAL

Los hombres adoptan los juegos de la infancia cambiados de forma. Un hombre es un niño grande que simula. Somos seres que jugamos y juzgamos con la apariencia; sólo ella nos preocupa.

MAYER

La felicidad de los niños es una consecuencia de su ignorancia. El hombre continúa siéndolo, pero conciente. A medida que aumenta la clara noción de su ignorancia, noción que adquiere con el estudio *y* la meditación, aumenta la amargura de su impotencia.

JORDÁN

Cuando cree que hay más allá un conocimiento definido, que se ignora, o la explicación de un fenómeno que exitó su curiosidad, el hombre permanece tranquilo; pero, si ha llegado al límite de lo cognoscible y las dudas permanecen, si ha llegado a la cima del saber humano y percibe siempre el enorme misterio en toda su amplitud, caerá forzosamente en la desesperación.

CORLIN

La generalización, que puede llegar a ser fecunda, induce, por lo general, concepciones erróneas.

JORDÁN

Quizá tenga razón, generalizo mi propia experiencia. Desde muchacho me atrajo el espectáculo de las estrellas. Me deleitaba en su contemplación y en el sinnúmero de buenos pensamientos que sugieren. Fui, poco a poco, conociéndolas, hasta que llegaron a serme familiares sus nombres los de las constelaciones de que forman parte. Deseé entonces conocer sus relaciones, el cálculo de sus posiciones, la determinación de los fenómenos celestes, y me dediqué a estudiar. Pero a medida que comprendía el misterio del cielo, otros nuevos e inexplicables se me presentaban. Cuando uno sabe que el movimiento de precesión, pequeñísimo temblor del eje terrestre, recorre una reducida elipse en veinte mil años y se piensa que desde Homero hasta nosotros, han transcurrido sólo dos mil ochocientos, las más elementales nociones se derrumban. Cambia, en sus fundamentos, el modo de contemplar y de concebir las cosas, y sin una base fija, sin punto de referencia, sin una sola verdad verdadera, el mundo se presenta lleno de angustias. Y todo el dolor proviene de la inmodificable ignorancia conciente.

CORLIN

El hombre está hecho de tal manera para vivir en el presente, que cualquier idea del pasado o del futuro puede ensombrecer su vida. Jamás debemos dirigir nuestras miradas hacia las horas que fueron, ni inquietarnos por las que vendrán. Debemos distraernos con las pasiones que se agitan fácilmente en nosotros mismos.

DUVAL

Un espíritu inquieto intenta sondear el futuro porque encuentra en ello un placer intenso, un deleite doloroso, de un elevado grado espiritual.

MAYER

También el pasado es una fuente de placer.

DUVAL

Condensadas en pocas páginas, despojadas de minuciosos detalles, la vida de los hombres son siempre tristes relatos. En cambio, el futuro presenta campos inexplorados, infinitos. La visión del pasado deprime, cuando de él no se sacan normas para el porvenir.

CORLIN

Los hombres presentan dos fases interesantes: las pasiones y el trabajo. Con la combinación de ambas tejen su vida. Y el trabajo, la preocupación constante en la elaboración de una obra, es la verdadera fuente de placer con que cuenta la humanidad.

JORDÁN

El trabajo fue el que me dio un consuelo y un rumbo definido. Después de leer los libros magistrales, los que han conseguido encerrar en fórmulas reducidas al conjunto del cosmos, el desencanto amargóme aún más. Los números y las ecuaciones, que satisfacen a los espíritus reposados, no calmaron mi inquieta curiosidad. Mi dedicación definitiva a estos estudios, ahogó con el trabajo todas mis angustias. La obligación de medir el tiempo, observando el paso de las estrellas por el retículo del anteojo, me hizo olvidar el tiempo que transcurría. Midiendo los siglos, dejé de preocuparme de mis días.

CORLIN

Debe ser interesante observar por las noches, en el silencio del observatorio, los mundos que giran en el infinito y gozar imaginando sus probables habitantes, aunque no existan.

JORDÁN

Aunque algo monótono, tiene una emoción suave. Seguir una estrella entre los dos hilos del micrómetro, mantenerla constantemente en el mismo espacio, es condensar el universo en el anteojo.

DUVAL

Ha dudado usted Corlin, de la existencia de la vida en otros planetas.

Debe estar imbuido de la idea común, sobre la imposibilidad de la vida en mundos carentes de atmósfera. Yo tengo, en este asunto, ideas particulares, pero aún desde el punto de vista y significado general, me es imposible negar a la naturaleza, que me ha creado, la inteligencia necesaria para crear seres en medios diferentes. Si no conociéramos la existencia de los peces, negaríamos la posibilidad de la vida en el agua. Es muy estrecho el fundamento de tales negaciones.

CORLIN

Los hombres de imaginación pueden suponerla en cualquier medio.

JORDÁN

Humphrey Davy, el genial químico, la supone hasta en Saturno, y dice que con el magnífico espectáculo de los anillos que gravitan a su alrededor y gracias a las variadas combinaciones necesarias para comprender y predecir los maravillosos fenómenos, sus espíritus deben ser de una actividad incansable y esa actividad, para ellos, una perpetua fuente de placeres.

CORLIN

Es la suposición razonable de un hombre imaginativo. La forzada actividad que les supone, debe conservarlas felices, evitando que se empecinen en la búsqueda de verdades más aparentes que reales.

MAYER

Las verdades tientan demasiado. Quien perciba una y no la persiga afanosamente por todos los medios a su alcance, niega a la humanidad su esfuerzo.

CORLIN

Los que hablan de continuo de la verdad, la vida, la muerte y el dolor semejan a los ávidos buscadores de oro que abandonan sus hogares, sus hijos y sus madres para arañar en los lejanos desiertos las rocas auríferas, en busca del codiciado tesoro. El inverosímil filón truncó muchas vidas

inútilmente. Se debe evitar la tentación y vivir la vida mansa, para la que estamos hechos.

MAYER

La persecución encarnizada de una verdad puede ser vana, pero facilitará el hallazgo de otras. Aprovechando su imagen, bien podrá el minero, guiado sólo por su avaricia, encontrar en los lejanos desiertos a donde llegó, sobreponiéndose al pavor de la soledad, un nuevo mineral que la tierra guarda celosa, y proporcionar a la humanidad un nuevo elemento de trabajo. Nunca un esfuerzo se pierde del todo.

DUVAL

Su imagen, amigo Corlin, como todas las ideas y como todos los fenómenos, encierra tantas verdades para la inteligencia humana, cuantas sean las inteligencias que sobre ella se detengan.

CORLIN

Es probar, una vez más, que no hay verdades, sino superficiales apreciaciones personales.

DUVAL

Es que sólo hay una verdad, de la cual contemplamos las apariencias diversas, sin percibir la relación estrecha que las une.

JORDÁN

Tiene Vd. razón. Medite, contemplando un prisma, en la estrecha relación que liga entre sí a las cosas más lejanas y despreciables. La arena, con la cual sólo imaginaríamos construidos débiles castillos, y la cal, que en las obras en construcción mancha los pulidos zapatos, mezcladas y fundidas en determinadas proporciones, forman un prisma que en las maravillas de sus refracciones revela el sentido oculto de la luz y permite deducir la constitución de los mundos lejanos. No podemos sino lamentar el desconocimiento de las infinitas relaciones que ligan todas las cosas entre sí y que

Debe estar imbuido de la idea común, sobre la imposibilidad de la vida en mundos carentes de atmósfera. Yo tengo, en este asunto, ideas particulares, pero aún desde el punto de vista y significado general, me es imposible negar a la naturaleza, que me ha creado, la inteligencia necesaria para crear seres en medios diferentes. Si no conociéramos la existencia de los peces, negaríamos la posibilidad de la vida en el agua. Es muy estrecho el fundamento de tales negaciones.

CORLIN

Los hombres de imaginación pueden suponerla en cualquier medio.

JORDÁN

Humphrey Davy, el genial químico, la supone hasta en Saturno, y dice que con el magnífico espectáculo de los anillos que gravitan a su alrededor y gracias a las variadas combinaciones necesarias para comprender y predecir los maravillosos fenómenos, sus espíritus deben ser de una actividad incansable y esa actividad, para ellos, una perpetua fuente de placeres.

CORLIN

Es la suposición razonable de un hombre imaginativo. La forzada actividad que les supone, debe conservarlas felices, evitando que se empecinen en la búsqueda de verdades más aparentes que reales.

MAYER

Las verdades tientan demasiado. Quien perciba una y no la persiga afanosamente por todos los medios a su alcance, niega a la humanidad su esfuerzo.

CORLIN

Los que hablan de continuo de la verdad, la vida, la muerte y el dolor semejan a los ávidos buscadores de oro que abandonan sus hogares, sus hijos y sus madres para arañar en los lejanos desiertos las rocas auríferas, en busca del codiciado tesoro. El inverosímil filón truncó muchas vidas

inútilmente. Se debe evitar la tentación y vivir la vida mansa, para la que estamos hechos.

MAYER

La persecución encarnizada de una verdad puede ser vana, pero facilitará el hallazgo de otras. Aprovechando su imagen, bien podrá el minero, guiado sólo por su avaricia, encontrar en los lejanos desiertos a donde llegó, sobreponiéndose al pavor de la soledad, un nuevo mineral que la tierra guarda celosa, y proporcionar a la humanidad un nuevo elemento de trabajo. Nunca un esfuerzo se pierde del todo.

DUVAL

Su imagen, amigo Corlin, como todas las ideas y como todos los fenómenos, encierra tantas verdades para la inteligencia humana, cuantas sean las inteligencias que sobre ella se detengan.

CORLIN

Es probar, una vez más, que no hay verdades, sino superficiales apreciaciones personales.

DUVAL

Es que sólo hay una verdad, de la cual contemplamos las apariencias diversas, sin percibir la relación estrecha que las une.

JORDÁN

Tiene Vd. razón. Medite, contemplando un prisma, en la estrecha relación que liga entre sí a las cosas más lejanas y despreciables. La arena, con la cual sólo imaginaríamos construidos débiles castillos, y la cal, que en las obras en construcción mancha los pulidos zapatos, mezcladas y fundidas en determinadas proporciones, forman un prisma que en las maravillas de sus refracciones revela el sentido oculto de la luz y permite deducir la constitución de los mundos lejanos. No podemos sino lamentar el desconocimiento de las infinitas relaciones que ligan todas las cosas entre sí y que

forman, en su conjunto, el misterio insondable del destino y de las leyes universales.

MAYER

Yo también he meditado en el mismo sentido, llegando a las mismas conclusiones, observando fenómenos distintos. Creo firmemente que todas las cosas y, por lo tanto, todos los seres, se ligan por relaciones definidas que escapan al conocimiento humano y de las cuales percibimos vanas apariencias.

CORLIN

Las ideas, aunque parezcan individuales, son siempre el producto del trabajo de varias generaciones. Generalizo, a mi vez, mas he meditado mucho en este sentido. Creo que un hombre es siempre el primero en dar forma a lo que flota en el ambiente, a lo que está en todas las conciencias, al producto paciente e ignorado de la humanidad entera, pero, por grande que sea, no la dirige nunca, es la masa que lo empuja; ella lo ha formado y ella lo guía.

JORDÁN

El conocimiento celeste, el convencimiento de lo relativo de las nociones fundamentales y, por ende, de los valores establecidos, penetra en las conciencias, agitándolas. Algo se mueve ya pesadamente como un monstruo voluminoso y terrible. Su efímera miseria, inculcada como idea central, empequeñeciendo a los grandes hará más grandes a los miserables. La igualdad de su pequenez, hará a los hombres más tolerantes. Vivimos y pensamos como si fuéramos inmortales y, por eso, la idea de nuestra destrucción nos es cruel. Vendrá una época en que el miedo al porvenir, que todo lo destruye para crearlo todo y que transforma perpetuamente unos seres en otros, armonizará, en lo íntimo de la inteligencia humana, con la idea del propio aniquilamiento. Y la razón, equilibrando al instinto, les dará una tranquila conformación, una resignación plácida. Su mentalidad, despojada de temores, pintará en sus semblantes una inefable felicidad.

Tendrán la convicción de que cada instante es la faz de una evolución infinita.

DUVAL

Como Mayer, debo declarar que coincidimos en todo de una manera sorprendente. Parece que Vd. hubiera leído mis ideas o que yo hubiera leído las suyas. Hemos llegado, por distintos caminos, a las mismas conclusiones. Partió Vd. de los espacios estelares y compadecido de los míseros habitantes de este planeta, se detuvo a meditar sobre su incierto destino; de la inmaterialidad subjetiva de las leyes físicas, desprende Mayer normas comunes de progreso; yo fui a buscarlas en la edad infantil del planeta y siguiéndolo en su desarrollo, no pude detenerme al pasar sobre el presente. Tiene Vd. razón, Corlin, es la masa la que empuja y su enorme inercia la que obliga a marchar. Son ideas de conjunto.

CORLIN

Vi, una vez, aparecer en el horizonte como una nube negra, una manga de langostas. A la distancia se distinguía nítidamente el rumbo definido de su marcha y el claro fin que las guiaba; iban al Sur, a las regiones agrícolas, en busca de los cereales. La armonía y el orden hacían avanzar al mismo tiempo el enorme conjunto, en una maravillosa comunidad de instintos. Pensé que si la humanidad trabajara con la misma disciplina, sus progresos serían más veloces. La manga, que venía a mi encuentro, destruyó mi impresión. Reinaba en su interior una desordenada confusión. Las langostas se detenían, comían sin premura los arbustos, descansaban, y luego, desorientadas, volaban azotándose contra los obstáculos. Supuse, entonces, que la manga iba a detenerse. Pero, siempre en confusión, las langostas fueron raleando, y al cabo de unas horas, las últimas rezagadas se fueron también. Y vi de nuevo, en el horizonte, alejarse la manga como una nube negra, avanzando indiferente a los obstáculos, sobreponiéndose al agotamiento individual. Y esa manga, que cruzó buscando la solución de los enormes problemas del hambre, me sugirió la marcha de conjunto de la humanidad, por sobre todos los intereses, pasiones, deseos y fatigas individuales.

MAYER

Pero nosotros, ¡oh, pobres langostas!, no podemos ver, aunque lo intentemos, más que la desorientación y el desorden.

JORDAN

Desorientación agravada, en nuestra época, por la falta de una fe intensa y común que marque un rumbo definido. La humanidad occidental, aferrada al mundo físico, pierde la fe depositada en las leyendas asiáticas y busca anhelosa una fe nueva.

DUVAL

Desde dos siglos atrás, puede decirse que la humanidad trabaja en ese sentido. Varios esbozos han sido trazados, y después de un éxito más o menos grande, han sido olvidados. Fueron semillas lanzadas en un terreno aún estéril. Pero, sobre las necesidades materiales de la vida, sobre sus preocupaciones de mejoramientos y casi compensándolas se alzará la nueva fe, ardiente, sencilla y profundamente lógica. Convencerá y persuadirá. No estará basada, como las religiones asiáticas, en la tímida credulidad de lo incomprensible, sino en la inteligente comprensión de la naturaleza. Será un sentimiento fundado en la razón, una armoniosa compenetración del cerebro y del corazón.

JORDAN

Todos nosotros, que la construimos, la necesitamos. Debe llegar al entendimiento por lógica convicción, y al corazón por íntima armonía con nuestros deseos, no contrariando nuestros conocimientos ni nuestros ideales.

DUVAL

La religión futura, que no otra cosa son los sistemas filosóficos que pueden llegar al corazón, tendrá sus bases en la ciencia. La astronomía facilitará la noción del infinito espacial y la noción de la relatividad de los instantes; la química, la indestructibilidad de la materia; la biología, la permutabilidad de los seres; la geología y la paleontología, la visión de la ínfima importancia individual; la historia, la confianza en el futuro, y la sociología, debidamente encarada, las normas de beneficio mutuo y de cooperación humana. Y el nuevo Dios, que los asiáticos imaginaron sentado en la profundidad de los cielos, disperso en la naturaleza o personificado en los astros y planetas, será, en la religión occidental, la inteligencia elemental que regula los actos de la vida, inconscientes y volitivos. Será la invisible continuidad de los elementos heterogéneos que lo forman, la razón de ser de su propio Yo.

CORLIN

Sería la divinización del egoísmo, y, sin embargo, no puedo negar que la tendencia general de las religiones es llegar al Dios individual. Krausse lo sacó de los cielos y lo encerró en el cuadro de la naturaleza; Comte, cuyas tentativas religiosas tuvieron cierto éxito, llegándose hasta fundar templos, lo acercó aún más, elevando la humanidad al rango divino; ahora Vd. lo empequeñece y lo multiplica, creando un Dios en cada ser.

JORDAN

Crear un Dios en cada hombre es dar una sólida base al respeto y la consideración mutua.

CORLIN

Imagino a los futuros adeptos, vueltos los ojos en las órbitas, recitando una oración: Sé orgulloso como un dios, porque tú eres eterno. Nacer, vivir y morir son tres acontecimientos de tu vida infinita y dispersa. Sé orgulloso; la naturaleza está para ti, para ti los demás hombres, para ti el universo entero. Pero no seas vanidoso, recuerda que como tú, cada ser es un dios, grande y noble. No te envanezcas de ningún arte o ciencia o de un pedazo más que poseyeras, porque eso es nada comparado al infinito que todos poseen. Y esa oración, con ser nueva, será la vieja oración de siempre.

MAYER

Es más fácil destruir que crear, y más sencillo reír que comprender.

Ha dicho Vd., Duval, que las creencias se basarán en la ciencia, y sin explicar el fundamento ha erigido la religión del individuo. ¿Cuál es el camino de su pensamiento?

Un ser es una asociación de células, las que a su vez están formadas por un conjunto de átomos, respondiendo en todo instante a las leyes generales de la física, la química y la mecánica. Cada uno de nuestros actos y de nuestros pensamientos tiene un origen atómico, a los cuales habrá que conceder, por lo tanto, una inteligencia, es decir, una capacidad de modificación, adaptable en cada circunstancia a las leyes generales del universo. Las células, que forman nuestros cuerpos, se renuevan continuamente, de manera que al cabo de cierto tiempo mis elementos constitutivos han cambiado por completo. Los elementos que formaban mi cuerpo el año pasado, el carbono, el calcio, el nitrógeno, el hierro, ya no forman parte de mis órganos, se han dispersado en la naturaleza para constituir otros seres. Bien pudieran, en la continua rotación, tener Vds. muchos de esos elementos que me pertenecieron. ¿Qué significado tiene, pues, el Yo? ¿Cuál es el lazo de unión de tan heterogéneos elementos? Se renuevan como centinelas, trasmitiéndose la consigna transitoria a que deben obedecer, y esa continuidad de funciones me obliga de nuevo a concederles inteligencia. Y esas inteligencias atómicas que se amoldan a las necesidades del conjunto, del que pasajeramente forman parte, es lo único que da sentido a mi individualidad.

CORLIN

Debo recordarle que Leibnitz comienza sus opúsculos, dedicados al príncipe Eugenio, con las siguientes palabras: «La mónada de que aquí hablaremos, no es otra cosa que una sustancia simple, que entra en los compuestos». Y agrega más adelante: «Estas mónadas son los verdaderos átomos de la naturaleza.»

MAYER

Desde su invención, todos los hombres, aún los más originales, escriben con plumas de acero cosas bien distintas entre sí. Los elementos que

la naturaleza presenta son pocos, y es necesario utilizarlos de continuo, aunque sea para fines distintos.

DUVAL

Cuando la ciencia pueda dar la seguridad de que los átomos se reconocen a través del tiempo y del espacio, los hombres morirán con la misma tranquilidad con que se duermen, seguros de reconocerse en la variedad de las transformaciones. La materia, eterna e indestructible, y el movimiento que la anima, manifestaciones de la energía del cosmos, de la cual se considerarán transitorias apariencias, formarán su dios, íntimo, porque será de ellos, y universal, porque será de todos.

CORLIN

Profetiza Vd. la seguridad del reconocimiento mutuo de los átomos y les asegura, desde luego, una inteligencia instintiva, amoldable, como Vd. dice, a las consecuencias de las leyes universales. Ello, a su vez, supone al átomo completo para desarrollar la energía en forma de vida. Aceptar la vida del átomo, de origen y composición netamente mineral, es aceptar la vida universal. Y aunque no encuentro en ello gran originalidad, ya que los poetas, con su genial intuición, hablan desde hace mucho del alma de las cosas, de las piedras, del agua y de las rosas, creo, no obstante, que no es posible fundar un sistema sobre tan débiles bases.

DUVAL

La vida universal, en la que tan ingeniosamente ha creído descubrir una falla, es en mí una idea arraigada. Viví mi infancia rodeado de piedras y de fósiles con los que mi padre, paleontólogo pobre, llenaba todos los cuartos de mi casa. Las vértebras de mastodonte, las areniscas, los conglomerados, las conchas marinas me eran familiares. Los libros de mi padre me llenaban la cabeza de imágenes de épocas pretéritas, y los fósiles me narraban su historia, historia terrible de luchas gigantescas, convulsiones terrestres y lluvias eternas. Yo aprendí la historia del mundo a través de sus narraciones. Más tarde, meditando, no encontré ninguna diferencia fundamental, como no

sea el enorme tiempo requerido, entre las trasformaciones y asimilaciones sufridas por mí y las sufridas por ellas. Les concedí, entonces, una vida lenta, tan lenta, que contemplada por mi visión fugaz parecía eterna.

CORLIN

Es una costumbre arraigada. Concedemos vida a todo lo que a fuerza de rodearnos hemos terminado por amar.

DUVAL

Evoqué mi infancia, rodeada de piedras, para explicar mi dedicación a su estudio; pero mis fundamentos son de carácter científico, hasta donde los conocimientos actuales alcanzan.

MAYER

En los cristales, netamente minerales, hay por lo menos una clara manifestación de vida. Aun en la vulgar sal de cocina se encuentran los caracteres bien definidos de los seres vivientes. Sus cristales se desarrollan en un medio propicio, se adaptan a diversos ambientes, variando su cristalización y mueren en uno adverso. La vida de los cristales, alrededor de la cual se ha experimentado mucho en los últimos tiempos, es un problema cuya solución está próxima.

DUVAL

Por otra parte, la vida, tal como se concibe de común en los animales superiores, cuyo elemento básico es el carbono, no es sino la apariencia de las relaciones de éste, adaptándose a los diferentes medios. Simplificando aún más: la vida superior es una manifestación de la energía que produce la combinación y descomposición del carbono con el oxígeno. Además, la célula, característica de los seres vivos, «omnia est cellula», es una clase particular de cristales, capaces de imbibición. Los seres superiores, íntegramente formados por células, son pues, un conjunto de cristales capaces de imbibición. La lógica me impide detener la concesión de la vida en los

cristales, formados por átomos, y es de esperar que futuros experimentos la demuestren en éstos.

JORDÁN

Pero aun suponiendo en el átomo manifestaciones de vida, debemos aceptar alguna diferencia entre los minerales y los vegetales y animales; entre un adoquín y yo, por ejemplo.

CORLIN

Es Vd. muy sutil, pero no espere que el amigo Duval deje, por cortesía, de demostrar que la diferencia es muy escasa.

DUVAL

El estudio de la roca fundamental de nuestro planeta, el granito, muestra que desde su formación, en el período ígneo, ha sufrido, y sufre, varias transformaciones, que se llevan a cabo con lentitud casi inconcebible. Todas las rocas, todos los compuestos, los minerales y metales van, con el tiempo, permutándose, disgregándose, pudriéndose. Y la vida no es más que esa podredumbre, en los medios propicios.

CORLIN

Un buen alimento precipita siempre los acontecimientos.

JORDÁN

Los compuestos minerales pueden ser rehechos, los animales no.

DUVAL

También los cristales y los individuos simples, como las moneras, que se forman por simple yuxtaposición de elementos, pueden ser rehechos. Muchos compuestos, netamente vegetales y animales, han podido ser formados por síntesis, partiendo de elementos inorgánicos, y los progresos de la química permitirán la síntesis de todos.

MAYER

Hay en el instinto de conservación una diferencia esencial que en el hombre se marca aún más con los actos volitivos.

DUVAL

Los vegetales, a quienes se concede vida, no manifiestan tampoco su instinto de conservación. Mejor dicho, vegetales y minerales tendrán un instinto imperceptible para nuestros rudimentarios sentidos. En cuanto a los actos volitivos de que habla, cuando el progreso de la química y de la biología demuestren sin dudas que son también productos de las combinaciones del fósforo, del calcio y del carbono, tal como los vegetativos, su observación podrá ser disipada.

CORLIN

Bueno, Duval, confieso que es Vd. un hábil sofista. Casi nos ha convencido de las inteligencias elementales, y, si lo dejamos, nos convencerá de la vida universal. Creo que la manga de la vida universal debe recorrer aún un largo camino, antes de estar capacitada para aceptar sus concepciones.

MAYER

Las religiones tienen un fin determinado, un objeto definido. ¿Cuál podría ser el de la suya?

DUVAL

La certeza de que sus elementos existían y existirán dispersos, con su propia conciencia, en la variedad de la naturaleza; la convicción de que las vidas elementales, permutándose de continuo, reconocerían su Yo eternamente, les comunicará tranquilidad. La seguridad de que en todas las cosas y en todos los seres hay algo de sí propios les hará tolerantes, modificará sus costumbres, desarrollará la igualdad, y la cooperación y la armonía serán más frecuentes en la tierra.

CORLIN

La religión, en cuya ideología se deleita, amigo Duval, quizá venga tal como Vd. la imagina, pero no será nunca, al menos con las consecuencias con que quiere describirla, una religión popular. Llegan las religiones al espíritu crédulo del pueblo cuando el pensamiento original de sus creadores ha sido deformado, acomodándolo a las concepciones sencillas y a las imaginaciones apagadas. En sus templos, si se construyeran, habría grandes espejos, delante de los cuales los creyentes irían a adorarse. Pudiera ser que un pequeño grupo selecto conservara sus ideas, cultivándolas, como tímidas flores, en un jardín cerrado. Las consecuencias que Vd. le halla no se producirán, el estudio del pasado no permite suponerlo. Los progresos se acumulan poco a poco, porque la continuidad es la norma general de la naturaleza, sin hacerse efectivos hasta el instante en que las fuerzas acumuladas explotan. Y esa explosión, que tanto asusta a los espíritus timoratos, es sólo una fase del avance continuo, el más aparente si se quiere, pero sólo la consecuencia natural de los anteriores. El instante más notorio del jardín, el de la florescencia, es el producto lento de las reproducciones celulares. Y la eclosión viene, amenaza siempre. Vendrá con nosotros o sin nosotros, pues somos elementos despreciables. La manga sigue su vuelo incansable. Hacemos de guías, ya nos cansaremos y otros nos pasarán, pero su avance no se detendrá.

MAYER

Y las leyes universales seguirán rigiendo la relación de las cosas.

JORDÁN

Y los planetas seguirán girando alrededor de los soles, y los soles se acercarán a otros sistemas, los sistemas tenderán a otras nebulosas, y las nebulosas huirán en el infinito.

DUVAL

Y la materia y el movimiento renovarán y permutarán eternamente

unos seres en otros, presentando siempre los insondables abismos del tiempo y del espacio.

ÍNDICE

Los Humildes....05
Una Obra Trascendental....07
El Misterio de la Caja Negra....15
Un Accidente Callejero....23
El Diario de Nicolás Bródel....27
    Nota del Copilador....29
    La Fogata....31
    Los Muñecos Díscolos....33
    Una Compra Imprevista....35
    La Bifurcación....39
    Mi Terrible Compañero....43
    Nochebuena....45
    El Espejo....47
    Un Germen....49
    Un Encuentro Inesperado....51
    Ensueño....55
    Un Satánico Deseo....57
    Efecto Primaveral....61
    La Ruleta Inútil....65
    Epílogo del Copilador....67
Las Cucarachas....69
La Visión....79
Una Vocación....83
Los Ogros....89
El Crimen de los Polvos Verdes....97
¡Detente!....105
Diálogos....107